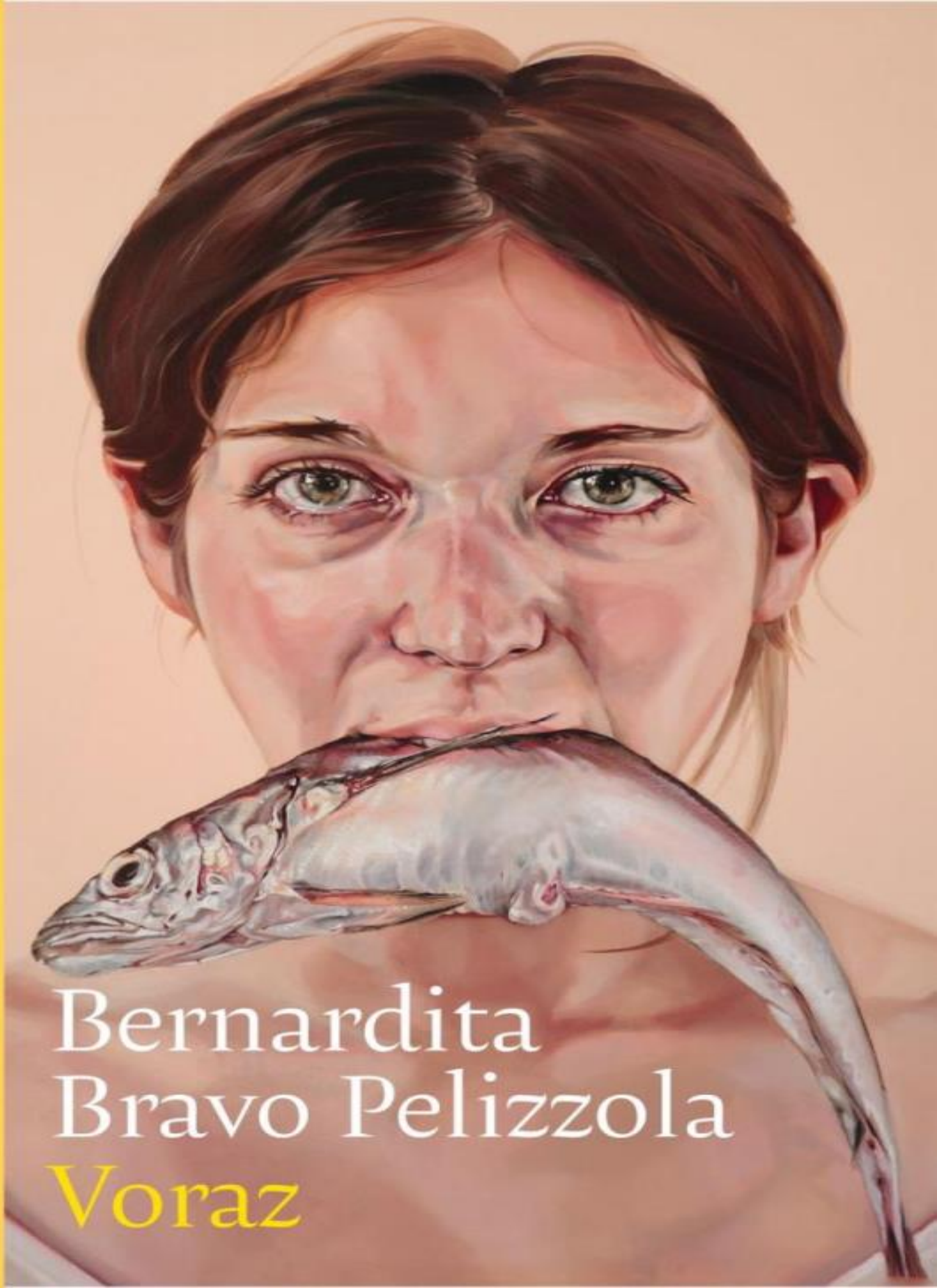
LA POLLERA



Bernardita
Bravo Pelizzola

Voraz

Cuando se entera de que la esposa de su amante tiene una enfermedad terminal, decide que no va a pasar el tiempo con un hombre deprimido que acompaña a una moribunda. Sin medir ninguna consecuencia interviene lentamente: cambia los exámenes médicos y esconde información a ambos con tal de mantener todo bajo su control.

Los nueve relatos de este libro están provocados por un deseo muy intenso que no es solo carnal. Son distintas historias sobre una voluntad firme pero que encierra cierta delicadeza. Hay una pulsión devoradora y también amor.

Con una escritura calma e inquieta, compuesta por una diversidad de voces, la escritora chilena Bernardita Bravo Pelizzola (Premio Municipal de Literatura 2019) observa la pasión, el hambre y el ímpetu como algo suave, interesante, seductor.

Bernardita Bravo Pelizzola

Voraz

La Pollera Ediciones

ÍNDICE

Portadilla

Voraz

La más bella historia de amor

Lola y los corderos

Irma

Hilos finos

Lograremos que no crezca

El hombre de las aves

Esos veranos

La ordenadora

Para Valentina

"El cuerpo es una habitación oscura.
Los hombres viven con un animal dentro. Los animales, no".

SANTIAGO ALBA RICO

Voraz

Tus hijos estaban en casa, terminaríamos en la cama igual. Tu mujer había muerto hace poco, pero eso no nos importaba. Había sido buena contigo, conmigo, no nos importaba. El mayor preguntó si quedaba mayonesa, la otra tenía la boca sucia, restos de palta y pan. Estaban ahí sin estar, eso es lo que hacen los niños cuando se sienten más o menos solos.

Tú me rozabas la pantorrilla torpemente, porque así te habías movido siempre, como alguien que acaba de salir de un túnel y debe acostumbrarse a la luz. El mayor consiguió lo que quería, abriste el refrigerador y la mayonesa seguía ahí, lista para servir, perdurar y botar. Pasa con casi todo: la conservación está sujeta al deterioro. Nos importa mucho la permanencia de un objeto, la comida, los besos de alguien que pasado un tiempo se esfuma. Nos harán tanta falta esos labios, creemos.

La menor no sabía usar bien la servilleta. Ya aprendería para luego olvidarlo. Hay cosas que debemos olvidar si queremos crecer. Yo me mantenía quieta: pronto e inevitablemente sería un pez contoneándome fuera del agua, esperando que lo pescaran. Hay varias formas de atrapar un pez. Algunos son difíciles, pero puedes meterlos sin mayor problema, junto a otros, dentro de una pecera. Se adaptan. Masticaste un pedazo de carne y dijiste: «Está dura la

carne», y empujaste mi rodilla un poco más allá. Le preguntaste a tus hijos si veían alguna serie. El mayor te nombró una que no conocíamos y agregó: «Me tiene loco». El mayor tendría algo donde enfrascarse más tarde.

*

Tu mujer me ofreció más de una vez llevarme a la ciudad. Yo siempre caminaba, no estábamos lejos y era la costumbre, la mayoría lo hacía. La costumbre provoca eso, que todo se vaya haciendo previsible y familiar y de pronto siniestro. Yo le había dicho que sí en alguna ocasión, hacía mucho calor o mucho frío, ya no recuerdo, quizás fue por decir algo: sí, no, para decir lo contrario. Podías respirarla, a tu mujer. Tenía un olor como todos lo tenemos, pero dentro del auto se percibía mejor. Incipiente y sutil, como si viniera de una secreción interna.

*

Tus hijos no siempre estaban contigo, a veces se quedaban en la ciudad con su abuela, en el colegio, con la vida que deben hacer los niños si decides que se alejen del campo. Era cosa tuya y de ellos también, los niños saben elegir y no les creemos. Pernoctaban en tu casa los fines de semana, porque a ti te debían importar, debías estar con ellos al menos eso, los fines de semana. Estaban ahí y tu cama también, ese día, donde terminaríamos. Lo sabía yo antes de tocar el timbre.

*

Apenas me senté a su lado tu mujer me preguntó: «¿Tú no manejas?», con su acento extranjero y desenfadado, parecido al mío. Abrió el cajón del lado del copiloto para sacar sus anteojos de sol. «Me gusta caminar», respondí, aunque no era verdad, porque yo ya no decía la verdad. Condujo el resto del camino en silencio. Ya me habías dicho que hablaba lo justo y yo me quedé pensando en eso, en qué era hablar lo justo, o si tenía algún sentido medirlo. Me bajé con un pedazo de tortilla porque ella hacía unas tortillas saladas y agridulces, dependiendo de dónde dieras el mordisco. «Toma,

llévate una, tienes cara de comer poco tú». Me bajé con la convicción de que las mujeres que se están muriendo lo ocultan, en la medida de lo posible.

*

Tú ya no solo me rozabas, ejercías directa presión. Me empujabas para decirme, esto es lo que antecede a mi cama, a mi capacidad de tocarte. No la tiene cualquiera, pienso yo. No basta con tocar: hay que tocar bien. Te lo había dicho riéndome, aunque hablaba en serio, en nuestros tiempos a solas, escasos y cortos, sin darte mayor explicación. Existe la falsa creencia de que los hombres necesitan la información literal. No siempre es así. En mi tierna juventud, un enano de circo fue capaz de entender a ojos cerrados lo que yo quería. El circo de paso de todos los años traía un número nuevo, el del enano, y yo terminé en su camarín obteniendo de él todo lo que siempre he requerido desde entonces. Se puso una venda en los ojos para comenzar y eso bastó para iniciar nuestra dádiva. Se anula un sentido y otro se despliega mejor, así de instantáneo es el enano, su capacidad de tacto, condescendiente y frenético en esas partes de mi cuerpo. Pero no basta con eso. El enano me voló la cabeza al igual que a tu hijo la serie. El placer siempre es más astuto que una, se te adelanta. Al día siguiente tenía sus pequeños dedos marcados en una de mis nalgas. No quería que se fueran nunca más, pero se fueron.

*

Tus hijos se comían el postre, no podías acariciarme y ardías. Yo estaba por sobre ti en ese aspecto, así había sido siempre. No eras el enano y yo no era tu mujer. Mientras las maneras de subsistir entre dos no son muchas, las formas de arder son numerosas, no se remiten solamente a escenas como esta. Cuando pequeña, mi hermano mayor me peinaba después de la ducha. Esas cerdas del cepillo tocando suavemente mi espalda, lento, porque yo le decía a él, «Más lento, por favor, Manuel», provocaban también esa agitación que no era solamente el contacto de las cerdas con mi piel.

Era más que eso. Las formas de arder viven en un entramado donde la palabra se vuelve elemental y unívoca. Salir de ese entramado requiere de un trabajo imposible. Cuando ya sabes eso, no sé si se vive bien, pero se vive mejor.

*

No lo volví una costumbre porque no quería entablar un lazo, la amistad superficial de dos mujeres que viven en un pueblo y no pertenecen a él. No me interesaba. Pero las veces en que acepté su aventón y fui su copilota tuve una conducta ejemplar. Dejé que me interrogara con impertinencia, pero me estorbaba más que siempre me regalara algo de comer preparado por ella, como si el alimento simbolizara un compromiso entre ambas. «¿Y tú no tienes familia?». Le hice un resumen pobre: la familia no admite resúmenes. Me dio un pastel de canela que sabía a otra cosa. Me dijo que iba apurada a un chequeo de salud. Ahí fue cuando arremetí. Con mi falta de candidez y las piernas bien cerradas.

*

Tus hijos ya habían terminado de comer y se instalaron en el living. Era su casa, podían tumbarse donde quisieran, prolongar inusitadamente la noche, prender la tele y estar despiertos más rato del debido. Les ponías reglas así como le ponías reglas a todos, difusas y llenas de un afecto torcido. El mayor tomó la guitarra y la menor comenzó a jugar con las tapas que reunían para reciclar. Creo que todo ese montón de tapas caía al mismo basurero municipal donde caía toda nuestra basura. Tú no bebías leche aunque tenías una vaca, pastaba ahí a la deriva, la vieja Iris se hacía cargo de ella junto a los otros animales de la cuadra, los tres perros de la casa esquina, porque Mario ya estaba viejo y tuerto y sobre todo mal genio, y los chanchos de la familia Estévez, porque el último mes ya habían sumado un quinto hijo: nadie tenía ganas de ocuparse de los chanchos. Agua y comida estaban al alcance de la vaca. «Tiene tanta libertad de movimiento», me decías cada vez que la observabas de lejos, «pero no se inmuta». Me ofreciste aguardiente

mientras yo le pregunté al mayor qué le gustaba tocar. Si le preguntas a un joven qué es lo que lo satisface, no será fehaciente –su verdad todavía es demasiado fiel a lo que lo rodea–, pero ciertas sutilezas te ayudarán a detectar si será capaz de abrazar a alguien y dejarla sin aliento. Si recordará, en la vejez, ese tipo de asfixia ambivalente donde morir y vivir nunca han estado tan próximos. Hazle preguntas a un joven y aquello que mantiene tu vida erguida saldrá de ti como una sombra de la que debes sacar lo que hay dentro cuando puede que no haya nada.

Siempre pensé que te importaba tu propio bienestar por sobre el del resto y no me equivoqué. Nos parecemos. Tu hijo, si te observara atentamente durante todo un día, diría que la piedad abunda en las bocas desalmadas.

*

Tu mujer me respondió escueta cuando le pregunté si tenía algún problema de salud importante. «Voy a hacerme unos exámenes, no nos preocupamos mucho», me dijo. Yo estaba habituada a otra cosa, lo esperable era la preocupación: si se te secaban los ojos era signo de deshidratación y si había deshidratación, había enfermedad. «No nos preocupamos»: junto contigo y sus hijos conformaban un bloque. Yo debía saber eso. Los bloques son compactos y duros pero siempre, siempre se cuelan ínfimas partículas.

Ella estaba pálida y con ojeras pero tenía pleno dominio del camino y la velocidad. Su pelo brillaba. No le pregunté si era así de buena en la cama: dominante, rápida, lustrosa. Quién sabe y qué importa. Como si ser buena dijera algo sobre lo que ocurría dentro de ella cuando estaba en la cama, contigo, o sin. «La vida me ha dado el don del hambre, pero no el derecho a saciarlo», me dijo una vez una mujer en la barra de un bar, me invitó un wiski y dejamos el lugar cuando los pescadores ya se habían ido, tambaleantes, sin saber si debían llegar directo al puerto o era mejor pasar por casa, por los lamentos de sus mujeres que de madrugada levantaban al resto, por el chorro de agua fría que los despertara de una vez. Estaba amaneciendo cuando nos separamos. «Como si una se

conformara con chocolatitos», me dijo la mujer y se alejó por la avenida. Hacía frío y aparecían los primeros perros.

A veces tenías la mala costumbre de hablarme de cosas muy íntimas que incluían a tu mujer. Yo te dejaba hablar sin decirte que no todo se cuenta, sin enderezar tus desvíos.

No creo que dos personas puedan tener la misma versión sobre un hecho aunque hayan experimentado sensaciones similares. Nuestra pasión era recíproca, pero no podemos explicarlo más que diciendo eso, que era mutua, palabras semejantes atrapadas en un pozo sin agua, en el montón de tapas sin reciclar.

*

Al bajarme del auto le dije a tu mujer: «Cuenten conmigo». Ya sabía que avanzaba progresivamente hacia el mal: ella, yo, el bloque entero. La enfermedad no te transforma. Ese es un consuelo barato. La enfermedad solo da cuenta de que la vida puede volverse muy fea y dolorosa y luego, si logras sobrevivir, tu gratitud es en cierto modo falsa. Ya te caíste al pozo sin agua y eso no se borra. Las llagas se evidencian en cada conducta posterior: ni siquiera tú lo notas, o si lo notas lo disimulas bien. Yo podía detectar la muerte antes de que llegara, y en otros tiempos podía hacer «algo bueno» para evitarla. No vale la pena ahondar, son cosas que se traen desde pequeña: se tienen, se usan hasta que se pierden y se diluyen cuando eres simplemente una mujer con la carne viva.

*

El mayor empezó a hacer acordes sin tono. La menor se apoyó en el asiento del sofá y dijo que tenía frío. Su culo huesudo sobre el suelo de baldosas heladas ya no resistía. «Vayan a acostarse», ordenaste tú mientras bebíamos pequeños sorbos. Me mostraste una nueva semilla que habías hecho germinar dentro de un macetero pequeño, perfectamente cuidado, mejor que tus hijos.

*

No podemos obtener resultados de exámenes médicos ajenos, pero si tienes a alguien conocido, casi todo se puede: yo tenía a Ángela.

Ángela era pequeña y delgada pero su mirada anidaba la energía necesaria para hacer lo que hacía. Había vivido gran parte de su vida en ese pueblo, en ese centro de salud, supervisando la realización y entrega de exámenes a su manera. Y su manera se había convertido, con el tiempo, en la manera de todos. Así es como se van esparciendo los hábitos en una comunidad. Alguien comienza, otro continúa, el siguiente obedece y los demás no se dan cuenta de que repiten con inconsciente devoción.

«Ah, la extranjera esa. Efectivamente se hizo varias pruebas. Llenó varios tubos de sangre y la pusimos bajo dos de las máquinas». Ángela era recelosa aun cuando entre nosotras existía un pacto tácito. Éramos escurridizas cuando se trataba de extremar las cercanías. Tú también sabías de eso, acercarte tanto a alguien hasta rozar el miedo y detenerte.

*

Yo no deseaba que nadie fuera infeliz, yo necesitaba saber para saber qué hacer. Ángela me dijo que podía conseguir sus resultados, pero no lo que yo le estaba pidiendo. «Son cosas muy distintas». Me miró con esos ojos llenos de resquemor porque la vida no había sido buena con ella: «No porque sabes lo que he hecho, tienes derecho a hacer algo peor». Me dijo sin más, como si nuestros pedestales tuvieran distinta altura. Como si hubiesen existido pedestales.

«Es lo que hace cualquiera en mi lugar», me defendí inútilmente, porque ella no tenía idea cuál era mi lugar y tampoco preguntó, y porque no cualquiera haría lo que yo quería hacer. Creemos ser un río por el cual avanzamos hasta llegar al final de la vida. Pero ser un solo río es casi imposible. Una tiene cauces por los que no sabes que te vas a abrir. Le ofrecí una buena suma a Ángela sin saber por qué, no me sobraba la plata y jamás había sobornado a nadie, un arrebato cargado de conciencia y cinismo que vuelve a cualquiera repugnante. ¿Quién era yo para alterar resultados, desencadenar una seguidilla de acontecimientos y exigir saber algo que no debía? Ya nos habíamos acostado tú y yo, de más está decirlo. No era por eso. Quién era yo.

*

Ángela me entregó los resultados un par de días después y era evidente. No estaban buenos. Alguna enfermedad generalizada se esparcía en ese cuerpo y en esos papeles, como toda enfermedad terminal. No había que ser experta en exámenes, cuando hay algún daño se sabe. Tú ya me lo habías contado: «Creo que mi mujer está enferma, se le duerme la mitad del cuerpo de repente, la taza de té se le cae, queda paralizada ahí de pie y pierde la noción, pero ella dice que no. No detecta la laguna». Enumerabas sus anomalías con angustia y luego me metías la mano por debajo del pantalón.

*

Lo que yo quería era que le entregaran unos exámenes completamente limpios. Los de un cuerpo sano. Que no sintiéramos lástima por ella, que nadie se deshiciese en cuidados. Yo no quería tu atención ni darte contención, no quería ver a tus hijos deshechos. Ya sabía en exceso de infancias trizadas por órganos dañados y heridas del alma. Me parecía mejor ese tajo abrupto que pone fin a una vida e inicia otra dentro de la única que existe. Me creía el gran dios que mueve los hilos como quiere, sagaz y experto en redirigir los cauces. Que muriera de prisa, ahorrarles meses de prolongada agonía.

Ángela tendría que esmerarse. Le pagué la mitad con un fajo grueso de billetes sellados con un elástico grueso. Yo sabía que el consultorio incurría en malas prácticas, con ella a la cabeza. Hace un tiempo nos habíamos enfrentado en la calle, mis ojos inyectados de una rabia que ella no supo leer porque no tenía por qué. «La vida aquí es miserable, no te metas donde no perteneces», mis manos presionaron sus hombros y ella me empujó con violencia hacia atrás pero no me caí. Ambas creíamos que con la fuerza física podíamos blindar al resto. La fuerza física no son solamente golpes, presiones fuertes nacidas de la ira. Es igual a lo del ardor. Yo podía, por ejemplo, aplicar mi fuerza sobre ti en la cama, un vigor específico, otra forma de sentirse viva.

*

En el consultorio estaba todo bien diseñado para que al menos por un tiempo nadie descubriera nada. Cuando recién llegué al pueblo, me sentaba a almorzar rodeada de trabajadores para aprender bien español: al escucharlos podía empaparme del idioma de manera profunda. Con profunda no me refiero a la riqueza de palabras, sino de escenarios posibles, de comportamientos, de lo que se dice y lo que se calla, de cómo se dice lo que se calla, de cómo hay que hablar en ese lugar donde tienes que pertenecer, o en ese lugar donde trabajas y te estás pudriendo. Almorzaba todos los días en el pequeño local junto al consultorio que se llenaba de funcionarios, ávidas hienas como lo sería yo también. Qué importaba, a fin de cuentas. No es que la vida fuera miserable como creía Ángela, la vida está llena de resuellos y temblores que la hacen digna. Pero las hienas somos vitales para el ecosistema y a la vez, o por eso mismo, nos aprovechamos de las presas que otro animal ha devorado.

Los funcionarios se robaban medicamentos que después marcaban como sin stock y no hacían el requerimiento para volver a obtenerlos. Les daban placebos a los enfermos que, por supuesto, se enfermaban más aunque algunos, por unos pocos días, se sintieran mejor, creyendo que las pastillas habían hecho efecto. Una máquina no funcionaba: «Ya le instalé la luz falsa, quedó igualita la intermitencia», dijo una técnica mientras trituraba los huesos de un pollo asado. Llegaron incluso a inyectar insulina de más o de menos: «Así apuramos la causa». No tenían fiscalización de nadie porque el municipio tenía al consultorio botado y libre, una combinación peligrosa porque somos seres humanos: necesitamos reglas aunque estén mal redactadas. Los funcionarios, mientras engullían menús diarios que venían en unos platos gigantes que alcanzaban para dos, hablaban de sus planes de fin de semana, de enredos con los turnos y de algunos enfermos, y yo oía muy atenta. Que a la chola drogadicta había que dejarla morir de a poco, total nadie la vendría a buscar, que la sonda del viejo desnutrido estaba tapada, «A mí no me toca destaparla». Yo comía en silencio sin dejar nada en el plato,

así me habían enseñado. Con la misma tenacidad aprendí a hablar español y encaré a Ángela, la amenacé creyendo que podía evitar una acusación, pero si todo continuaba, podía intervenir. Me equivoqué. Así funciona la cadena: nos consumimos unos a otros de diferentes maneras, nos contagiamos de gestos y de actos. Las hienas se parecen a los perros y a las lobas.

*

Una vez te exigí jugar a lo siguiente: debías tocarme y yo permanecer inmóvil. Un pez que se propone no nadar dentro del agua, pero tampoco aletear afuera. Sin redes ni nudos: eso hubiera facilitado la tarea y el desafío era justamente lo que me excitaba. Tener la posibilidad de moverme pero no hacerlo. Partiste con calma, arriba del calzón sobre mi clítoris. Podría haber tenido un orgasmo solo con eso, pero quería más. Que no se me moviera ni un pelo y que tú avanzaras, con la lengua, con velocidades y pausas, aunque las pausas me ponían furiosa, como una niña a la que le han quitado su chupete o su dulce. «Sigue», te obligaba antes de que todo se fuera al carajo. Quería permanecer inmóvil y que mi último bramido, si hubiera sucedido esa noche, la noche en que estaban tus hijos, los asustara. Pero estábamos en la cama de un desconocido, en una fiesta de alguien que vivía en la ciudad y yo te acompañé para eso. Tú me lo concediste. No podía evitar gemir pero el bullicio de la fiesta no se interesaba en mí. No me contuve y abrí un poco más las piernas. Luego, mi cuerpo entero se endureció como una piedra de río, completamente mojada y aterida por el golpe de un caudal que trae más piedras. Entró de pronto una mujer joven que ninguno de los dos conocía. Ella no dijo nada y yo no me avergoncé.

Ángela me llamó para decirme que ya había hecho su trabajo. Que tu mujer había retirado todos sus exámenes, justo a tiempo, que de llegar un poco antes habría sido imposible, pero que el plan «se llevó a cabo según lo convenido»: «No se observan», predominaba en los resultados. Una seguidilla de «no se observan» y «negativo». Para que me quedara tranquila. Exámenes limpios.

Ese día me llamaste y me dijiste «Está sana». «¿Estás seguro?», te pregunté, «con todo lo que me has contado…». «Es lo que dicen los resultados», me respondiste sin vacilar. La gente confía en eso, en los resultados de las cosas, pensé yo. En la noche nos reunimos y no hablamos de nada.

*

Tu mujer empeoró desde el momento en que tuvo los papeles en la mano. Ahí estaba Ángela, dejando que todo ocurriera. Ahí estaba yo, dejando sin cura a tu mujer. «A ratos se siente muy mal, queremos pedir otra opinión», me contaste luego de un par de semanas. Lo esperable es que hicieran algo al respecto, pero no lo hicieron. Eso me atemorizó. Durante esos días evité verte e incluso llamarte. Fingí estar atrasada con mis traducciones pero te mandé un par de mensajes de aliento, dando por sentada una buena comunicación. Pasaron diez días más y el paisaje que tenían delante se difuminaba, dejaba de ser paisaje. «Creo que se está muriendo», me escribiste una madrugada y yo quise responderte: «Ya lo sé».

Nadie supo de ustedes. Se encerraron en la casa y puedo tener una idea de lo que conversaron, de cómo le hablaron a tus hijos. De las caricias, los silencios y los sollozos. Las frías planificaciones o algún momento de comunión entre esos cuatro espíritus removidos. Puedo tener una idea, una torpe representación mental en mi afán de colarme entre esas persianas cerradas. Cuando salieron, partieron a la ciudad y retornaron tres días después. «Es mejor que muera en casa», tu voz en el teléfono era tenue. «Sí», te respondí.

Después de horas de trámites, velorio y entierro, quisiste ir a caminar. Las cuevas de los conejos habían proliferado desde que habíamos hecho ese recorrido a pie, la callecita aledaña a la ruta principal. Hice un chiste básico sobre la reproducción de los conejos, quería diluir en ti ese tiempo plagado de confusión y dolor. Pero tú no le diste cabida. «Me voy a quedar solo con dos niños», «Crecerán», dije rápidamente.

La brisa tibia que tanto me gustaba se intensificó de pronto y esta vez no te toqué. Bastaba con que estuviera ahí a tu lado. Y a mí

solo me bastaba esa brisa.

Caminamos en silencio hasta llegar al final de ese sendero donde los arbustos crecían y detenían el paso. Las hojas brotaban sin freno y las observamos como si no fueran hojas: en ellas no había bordes, a diferencia de nuestros encuentros y nuestra manera de movernos, nunca exentos de crueldad y cariño. Las hojas absorbían una vida que ignorábamos a pesar de necesitarla.

Nos devolvimos algo cansados, pero tu respiración sonaba aliviada y yo estaba lista para el siguiente paso. Los del pueblo retornaban a sus hogares caminando, como de costumbre. Nos unimos a ellos.

*

La menor te llamó desde su habitación. No podía quedarse dormida. Quise decirte cuéntale un cuento, cántale algo, pero yo no era su madre ni su padre ni tu amante. Cerré los ojos y pensé que quizás era buena idea que tuvieras una oveja. «No creo, una oveja, ¿para qué?», me miraste extrañado. El mayor hacía rato que ya no se oía. Los hijos comienzan a cerrar puertas a medida que crecen. No solo las de su habitación. Yo no tenía hijos, pero era cosa de observar.

Me puse encima tuyo y dejé que nuestros cuerpos se frotaran. «No entres», te dije. Tuve un orgasmo, solo uno, fuerte y paralizante porque estaba sobre ti. Tú no tuviste nada pero como siempre, fuiste solícito. Cuando me tumbé a tu lado me contaste en voz baja que tu mujer cumplía años mañana. Usaste el presente, como si ella viviera y tus hijos estuvieran oyendo: «Olga está de cumpleaños. La celebraremos por la tarde, compré una torta. ¿Nos acompañarías?». A mí no me gustan las tortas. «No sé, me estoy quedando dormida». No te dije que me iría al alba y que no volvería más. Lo sabía desde que toqué el timbre para terminar en tu cama.

Desperté a las 6 a.m., puse mi mano sobre tu frente y te di las gracias. Dijiste durmiendo algo incomprensible que pareció ser lo mismo: gracias. Recogí mis cosas y cuando bajé las escaleras encontré a tu hija en el mesón de la cocina, con la cara prácticamente metida dentro de la torta de lúcuma que yo no

probaría. Las manos también, los dedos llenos de merengue y saliva. Nunca la había visto comer así, con imperiosa voracidad. De pronto la niña levantó la vista y me vio. Me sonrió plácida, como quien se mira en un espejo y se encuentra bonita.

La más bella historia de amor

Llegó más temprano de lo pactado. Tenía ojos de lince. Eso es lo primero que quiero anotar aquí.

Tocó la puerta con tres golpecitos secos. No la esperábamos a esa hora sino unos minutos después, no a esa hora en la que llegó como si ya conociera nuestro hogar. Quizás si hubiera llegado puntual y no antes, si no nos hubiera doblegado así, con lo imprevisto que puede surgir ante la diferencia mínima de tiempo. A mí me dejó prendada. Debía derrocar mis expectativas si quería que esto fuera parte del plan y no sucumbir.

Quiero aclarar esto de entrada: había un plan, era solo mío, y esta era una parte.

Su faldita corta con flores diminutas donde primaba el amarillo ondulaba junto con sus caderas. Una leve cojera le daba una gracia fuera de lugar, como todas las gracias. Por un instante pensé lo poco jóvenes que ya éramos, y en aquellas teorías que refuerzan las virtudes de la juventud o, por el contrario, las virtudes de la adultez. "Camila y Pablo", nos dijo en vez de decir hola. Las teorías muchas veces bordean los cauces del cuerpo, los que corren junto al torrente sanguíneo y nos dan potencia. El cuerpo siempre está dentro de la mente, conviene decirle que sí a la mente. No te aguantes, no te culpes, no te retractes. Sus huesos eran definidos y gruesos, le

daban una contextura, una voluptuosidad. No solo la carne es sensual. Le ofrecí algo de tomar y comentó sobre lo bonita de una fotografía en blanco y negro donde dos hombres están de rodillas ante una pareja de jirafas. Pablo guardaba silencio, cohibido.

Es necesario que lo anote aquí, por cuanto las responsabilidades compartidas casi nunca son como dicen ser, y porque mi testimonio debe entenderse lo mejor posible.

Rogué para que no estuviera echando pie atrás. Ella tuvo el gesto tierno de lanzar una carcajada cuando vio una foto nuestra con una guagua sujetada a cuatros manos, como una ofrenda que ni uno quería perder ni compartir y que infunde temor o respeto. «¿Y esta criatura?». «Ya tiene diecisiete», respondí yo, «pasa poco por acá». «Es linda», dijo, «como ustedes». Seductora, me fulminó. Habíamos elegido bien. No podía dejar de mirarla y ya quería tocarla, encontrar entre esos muslos lo que anhelábamos con Pablo. Esta sí, pero luego no. Esta no, pero podría ser. Esta sí, pero no puede esta semana, nosotros queremos esta semana porque si esperábamos Pablo diría: «Mejor no». Y yo tenía premura. Por suerte apareció ella en la pantalla. «Se ve elegante, elegante y soez», dijo Pablo al verla, aunque no decía nada al verla de verdad. Lo soez es para cuando uno está haciendo las cosas. A mí lo que me dejó prendada fue su sencilla elegancia para moverse en un lugar desconocido. Y sobre todo, miraba a Pablo de cuando en cuando, y eso significaba que estaba encargándose: dotándolo de atractivo, mientras se sacaba la blusa manga larga y quedaba con una polera ligera, verde agua, que combinaba con las florcitas menos amarillas de la falda.

Esto es lo que tengo que contar en cuanto a las primeras impresiones de un encuentro de este tipo.

«Tomemos campari», propuso ella apuntando la botella que habíamos dejado sobre la mesa, con unas copas y unos quesos. «Pero claro», le respondió Pablo al fin solícito, mirándonos a las dos con esa generosidad ecuánime y absurda, dos segundos para ella, dos segundos para mí. Quizás se necesitan particularidades como

esa para permanecer con alguien a lo largo del tiempo. El tiempo es un factor determinante. Nada se mantiene siempre igual y siempre recibí reproches o atisbos de sospecha por mis actos impulsivos. Pablo vertió un poco de jugo de naranja, un par de hielos, dijo algo que no recuerdo con un toque de encanto, saliendo de aquel pasmo que me tenía nerviosa. Ella se largó a conversar mientras yo quería comenzar, aun sabiendo que ciertos pasos previos eran necesarios. Pero si uno quiere hacer las cosas, las hace, sin más. A veces conversábamos sobre esto con Pablo y él, aunque admiraba mis riesgos y el nivel básico sobre el cual se basaban la mayoría de mis acciones, reprobaba mi conducta y me aconsejaba un poquito más de calma y premeditación. Hice un cigarrillo mezclado con algo de marihuana, cambié el jazz ruidoso que entorpecía la cadencia necesaria para avanzar. Pablo se puso de pie e hizo unos pasos de baile graciosos mientras aspiraba el cigarrillo y le tendía a ella la mano. Ella, sin dejar el vaso, pegó su cuerpo al de él para luego encorvar la espalda hacia atrás. Quien mira no queda excluido, forma parte imprescindible de la IETC: en este caso, interacción entre tres cuerpos. En otros, consultoras o empresas sobre medio ambiente, informática, economía.

Aclaro que inventábamos siglas para clasificar experiencias de todo tipo. La invención de un lenguaje común, ajeno al resto, sienta una intimidad que aunque después termine, queda fija en esa lengua muerta que perdura en la memoria.

Ella dio un gritito porque Pablo le mordió el labio y acto seguido vino hacia mí. «No, no», le dije, «yo los miro feliz». Verlo bailar con ella, ver cómo Pablo empezaba a acariciarla, los hombros, de súbito debajo de la falda, con calma y premeditación. Separé mis piernas y me empecé a tocar. La guinda de la torta debía prepararse. Me puse de rodillas en el suelo y me bajé el calzón. Ella se acercó de nuevo: «No, no, estoy bien así». Pablo le bajó la falda y no llevaba nada más, quise refregarme de inmediato en esos lindos cachetitos pero Pablo se encargó de ellos. Afuera comenzó la lluvia de verano que venían anunciando hace días. Abrupta, sin chispas que apenas

mojan. El agua caía firme sobre nuestro techo aplacando melodías. «Ahora sí, ven aquí», me dijo alzando la voz y me presionó contra ella, nuestros pezones se acariciaron sin pudor, como cuando besas a alguien y te mareas. La IETC admite una energía perfecta entre el dúo, sin por ello desestimar lo que el tercero está sintiendo. Pablo escupió en su propia mano y la pasó en medio de mis nalgas, ahí donde me era difícil contener orgasmos. Mil veces quiero hacer esto mismo, me repetía por dentro para demorarlo todo, para que hubiese otra oportunidad. Que me viniera, me decía Pablo, y ella nos quedó mirando mientras se puso en cuatro patas, como un lince solitario que luego atacará con táctica y poder de compresión. Pablo se arrodilló tras ella y quedaron tan bien encajados que daba gusto. Puse mi rostro a la altura de sus caderas, para que Pablo vertiera su semen en mi lengua, en la mía, mientras los tres decíamos palabras que solo en esos actos se dicen, y de pronto, así como empezó, dejó de llover mientras seguimos abriendo y cerrando orificios, empapando los contornos, yéndonos de ese lugar para no volver, porque nunca se vuelve igual si algo resulta tal cual o mejor como lo planeaste en tu mente, si la fantasía y el sueño por fin son insuficientes y es la realidad, desengañada, la que está frente a ti.

Es importante que registre esto: siempre preferimos la realidad, por muy cruda que fuera. Quizás hablo por mí.

Entregada a la laxitud de la mente, los oí conversar a lo lejos sobre lo distinto que estaba el barrio ahora y lo difícil que estaba la situación. Algo iba a suceder, algo que nos implicaba a todos. La oí comentar que tenía un hijo, Gaspar, que la esperaba, y supe entonces que ya estábamos tocando tierra, que de eso estaba hecho el día, de explosiones y cumpleaños infantiles y cuerpos que se juntan para luego marcharse. Abrí los ojos y ella estaba vistiéndose, su falda sin nada debajo. Sus ojos de lince se posaron sobre los míos como si me adivinaran pero más que eso, como si me juzgaran sin ninguna compasión. La idea inicial era no volver a verla. Después te das cuenta de que nunca sabes lo que sucederá mañana. A veces se paga con la culpa cuando las deudas son del cuerpo.

+

De la debilidad de Camila nacía su vigor. No puedo negar que esa maestría y soltura con que llevaba a cabo sus planes era una de las cosas que me fascinaban de ella. Sí, sus planes. Podría decir perfectamente que fue ella la encargada de las atracciones, la cohesión, las afecciones y la desintegración de nuestra historia. No era que yo no participara, lo que quiero decir es que Camila padecía de un apetito vital mayor al mío y yo no tenía problemas en acceder a sus propuestas. Padecer es sentir algo como perjudicial o dañino. Secretamente, creo que la ansiedad de Camila se la comía a ella, a la mujer que era, como si apuntara un revólver en direcciones contrarias y de pronto se disparara en la cara. Se la podía ver tranquila hasta que llegaba el momento de quemar otro cartucho: hablo desde tener una hija hasta experimentar cierto tipo de experiencias que en mí podrían haberse mantenido como simples fantasías.

La etapa del hastío es la que considero la más álgida en nuestra relación. Cuando sientes rabia, tristeza, miedo o repulsión incluso, es que aún sigues ahí. Pero si con el paso de los días descubres que estás tan aburrido como un adolescente oyendo a un adulto, como un niño con pataletas, es porque has entrado en una extensa y honda llanura. Supongo que eso fue lo que le ocurrió a Camila cuando me expresó su urgencia. Fue la primera señal, pero eso lo distingo ahora. Un trío, nada del otro mundo en miles de parejas y su historial de incursiones sexuales. Le puso una sigla, como a casi todo lo que hacíamos afuera y adentro, porque siempre había que tener cuidado y establecer un sistema formal que también tuviera algo de juego, que también tuviera algo de oscuro. En su nueva obsesión había un componente distinto, una suerte de marcada imposición; mi diligencia esta vez era más necesaria que nunca y esto no era solo un experimento, pero no le pregunté nada, yo confiaba en ella. Quiero que quede claro: confiaba excesivamente en ella.

Tenía que ser dentro de esos días, sin rango de demora. Coincidimos en que fuera con otra mujer: «Dos hombres por ningún motivo, exceso de energía masculina», ella tenía la última palabra pero yo también votaba por una mujer, no por cuestión de energías sino de gustos. La que elegimos era bella y exquisita. Suelo hacer distinciones detalladas de las cosas y de la gente, le dedico tiempo al tiempo que transcurre entre las personas. Esto es importante, pues es una de las cosas que Camila decía amar de mí. Entró con holgura y por mi mente pasaron escenas posibles que jamás hicimos, pero lo que hicimos estuvo bien. Me sentí afortunado de tener a merced a dos cuerpos y de yo estarlo también. No soy de los que da detalles técnicos, aunque sí me jacto de haber estado ahí. Pero no lo repetiría. Camila, en cambio, quería más. No le comenté nada, esperé a que ella me lo comunicara. No estaba seguro si quería repetir exactamente lo mismo y con la misma mujer, o si se abría un abanico de posibilidades y el sexo, lo sé ahora, era una excusa para lo que vendría a continuación, o lo que ya estaba sucediendo a mis espaldas. De Camila podían esperarse cosas así. No hay que ignorar esto.

+

Mi cuerpo tenía una deuda y yo ya lo sabía. No esperaba que nadie me comprendiera. Es un error pensar que alguien puede sumergirse en tus profundidades. Era otro tipo de cosas las que yo podía exigir a Pablo. La guerra por fin estalló, estaba muy contenida y todo lo que se resiste a suceder, sucede igual después y de la peor forma. La guerra propició que el plan cobrara más sentido, avivó llamas por todos lados, las calles, los hogares, los ojos lánguidos que ocultan la avidez. Cuando los hombres refinan las armas y rebajan su lenguaje, algunos nos encargamos de que todo siga su curso aunque sea imposible. Las guerras tienen algo adentro, algo que no se ve, un derroche contenido que se refleja en algunos rostros en constante alerta, que van, por fuera de ella, expandiéndola sin querer. «He visto demasiados muertos», le dije un día a Pablo al llegar a casa, meses después de pocos acuerdos y más bombardeos. Había visto

cadáveres pasar y pasar porque la guerra no solo estaba dejando muertos, lo de siempre, sino un ímpetu creciente en alguna parte de mi mente y de mis brazos que trabajaban para que esos muertos fueran, al menos, manipulados con cuidado aunque ya no fueran nada. «Demasiados», le insistí, queriendo decir que si bien estaba acostumbrada a trabajar en un depósito de cadáveres hospitalario, esto sobrepasaba mi capacidad de gestión. Habíamos tenido que establecer nuevos protocolos para asegurar un reconocimiento correcto de los cuerpos, evitar errores de entrega a los familiares, garantizar una sepultura efectiva y a tiempo para quienes no tenían a nadie que los fuera a retirar. Había firmado una cantidad de certificados de defunción que escapaban a mi propia firma, datos de cuerpos sin vida sobre la loza de reposo, papeles que con el pasar de las horas rellenaba como una autónoma mientras sentía que me fundía con el espacio: metálica y aséptica. Este sentimiento, el de perderme afuera como si entrara en la desidia más horrible… ¿habrá algo peor que la falta de ganas, de interés o de cuidado? Quizás la falta de ilusión puede ser peor. Fue lo que me dio aviso, como si tuviese que encontrar la perla de una concha vacía en medio de otras perlas. Pablo no dimensionó el nivel de gravedad en el que me encontraba. Yo no lo evidencié.

Creo que es importante que esto se sepa. Sé que no habría nada en él que me hiciera sentir, al menos, un alivio momentáneo y falso, que solo dura lo que dura, pero que logra persuadirte hasta generar acciones que cambien los humores del cuerpo y la preocupación ya no sea salvarse, sino simplemente vivir, dejar que las cosas sucedan sin querer controlarlas. Días después, solo le anuncié que me iba de viaje. «¿Dónde?». «¿Por qué?». Mi trabajo no requería salidas. «¿Cómo?». No era fácil viajar en contexto de guerra. Esa noche utilicé las yemas de mis dedos para azuzar algunas de nuestras zonas sensibles. Mi cuerpo no acusó recibo, pero lo que está fuera de él tuvo que ceder al deleite. Quería subirme al avión lo más despierta posible.

+

Todo tiene un límite. Las cosas se acaban. Se rompe un vaso y ya no es un vaso. Recoges los trozos de vidrio hasta estar seguro de que han quedado apilados, los metes dentro de una bolsa, asfixiándolos, para que ojalá nadie se entierre algún trozo y lo haga sangrar. Que tu perro, por ejemplo, no se lo trague por andar lamiendo furtivo lo que no debe. Los animales, quizás, no conocen de límites y pueden ser torpes. Más de alguien dirá que no conozco realmente a los perros o que no me importan. Alguna vez me importaron.

Las cosas se acaban: nuestra hija un día dejó de serlo y por un tiempo no supimos lo que pensaba ni lo que sentía. Cuando era niña lo sabíamos. Algo refulgía en sus ojos y luego desapareció. Ocultó lo que debía ocultar para preservar su juventud y atravesar los pasajes obligados o disponibles. Pero de una joven se esperan esas cosas, no de Camila, no de alguien con la cual has pasado gran parte de tu vida haciendo del amor algo prolífico. Imagina que abres un corazón y lo desgajas como a una fruta. Descubres que en esa práctica donde te ensucias las manos y separas sus partes, cada una corresponde a un tipo de inclinación amatoria: una pasión, una amistad, una cómplice calma, un hábito, de nuevo una pasión. Todas son distintas pero todas se parecen en algo: en esa semejanza está la perfección del proceso.

Camila nos profanó y aún no lo comprendo, sé que no debo intentar comprenderlo. Todo tiene un límite y explota como una granada: da igual si es la fruta o la bomba. Ambas te manchan los dedos pero no son lo mismo. Hay vasos comunicantes insospechados en los afectos, y en esa mutación de un vaso a otro se horadan o se hartan, supongo. El contenido se derrama y ahí se descubre todo lo que el otro no es, lo que le falta, y por lo tanto, todo lo que te da.

No creí que lo nuestro terminaría así. Pero un vaso se rompe y deja de ser vaso. El corazón de Camila se detuvo y a mí no me dejó elegir. No sé si fue egoísmo. No creí que haría algo así, pero lo hizo, lo venía haciendo, no me di cuenta. No logro llamarlo traición. Finalmente, ¿por qué no dejarla?

+

México me recibió como yo quería. Había sol, había islas, amables pedazos de tierra que no se te venían encima como las grandes ciudades. Estaba el hombre que esperaba ver, el que había conocido hacía tantos años y con el que debía reencontrarme si quería limpiar mis anhelos. Tuve una vida antes de Pablo, y durante también. Eso no limita en nada mi amor por él. Fuimos a una isla llena de muñecas colgadas en los árboles, mutiladas, sentadas o atadas a postes. Cuerpos inmóviles que tenían un movimiento adentro, con las cuencas de los ojos vacías y sucias. Con las yemas de sus dedos, él acariciaba mi cadera, la clavícula. «Extrañaba tus huesos», me decía. Nos metimos al baño del pequeño museo y por fin lo tuve sobre mí. Hubiera prolongado ese momento, así como hubiera prolongado el momento con aquella mujer, así como hubiera hecho más de no ser porque tenía otra cosa entre manos. Nos quedamos ahí hasta tarde, las trajineras se alejaban y llegaban otras, con más turistas que ensuciaban el lugar con su entusiasmo. Sé que mis ojos brillaban como las hojas de una tierra sin arar. El brillo no se nota de inmediato, pero está ahí, en esas hojitas lustrosas e inmaculadas que aún no han sido removidas.

+

Al pozo del hastío se entra de manera dual: sabes que estás cayendo, quisieras aferrarte a algo para frenar la caída, pero te dejas ir en picada hasta el fondo porque sabes que no hay fondo, no te rebanarás los sesos contra nada, caerás en un eterno bucle hasta creer que eso es la vida, retozar en los brazos de alguien que no te importa tanto como piensas y sientes. Camila me anunció que viajaba y fue ahí cuando intuí que sus ideas y acciones del último tiempo tenían que ver con algo, pero como no podía asegurar nada, todo siguió su curso. Ahora lo sé. Hemos mal acostumbrado a nuestros cuerpos, hemos sometido nuestra psiquis a una ansiedad innecesaria.

Después de su viaje, me propuso refugiarnos en la playa, tenía unos días más de vacaciones. Mientras cargábamos el auto la vimos a ella, a la mujer del trío, pasar por la vereda del frente. Vi cómo Camila se encendía por dentro, aunque por fuera no vi nada. Me pidió que me quedara ahí, cargando el auto, mientras ella corría a su encuentro. Las vi desaparecer en la esquina y volvió rato después, con los ojos de un ave que ha sido atrapada y ha logrado huir. Lúcida pero serena, así puedo definir un estado poco exacto. En la playa, durante los días previos, no hicimos gran cosa. A lo lejos se oían bombazos. Diría que por las noches hicimos el amor, impelidos por un desenfreno nuevo, aunque ya no sé si lo que rememoro fue realmente así. Toda posibilidad de figurar algo se desvaneció como una ola tras otra. Tampoco sé si esto fue una historia de amor. De las bellas, las verdaderas.

+

No volvería nunca más a ese lugar cargado de muertos y formularios y luces artificiales, que en todo caso, me enseñó a maquinar un buen plan y me dio las herramientas. El alivio viene después de padecer. No pude sacarme al mexicano de la mente, el buen sexo fue posible gracias a él. Éramos obscenos con nuestros caprichos, pero ya no valía la pena decírselo a Pablo. La naturaleza del mundo me parecía caótica y se replicaba en nuestros intercambios nimios y a la vez cargados de grandeza, suscitando el deseo y la falta de él. Mientras afuera los campos de batalla no cesaban, adentro emergía un campo de hielo, lo sentía más allá de mis pies helados, lo sentía en la mente, a la que siempre había que hacer caso. Es lo que provocan las guerras. Los cuerpos se repliegan, se adaptan o se rinden, solamente algunos se acostumbran y se sumergen en otros cuerpos, sobreviven. Otros deciden irse. Que regresen o se queden ya no es cosa de las guerras, tampoco de la voluntad o el destino, no sé bien. Creo que es ahí donde reside la respuesta, en ese misterio.

No soy tan estúpida como para ignorar todo lo que Pablo me dio. Es una fortuna que dos soledades se topen y se lleven bien. Supimos

habitar un paisaje sabiamente, como dos animales que se acercan y se apartan, con la reverencia que se tienen dos animales de una misma especie.

Siempre dije que había que restarle importancia al futuro. Confiar. Es lo que quiero aconsejar: lo que viene no importa.

Dejo constancia aquí de los tres medicamentos que juntos conforman un trío perfecto: midazolam, metamizol y morfina.

Mi final es voluntario.

Lola y los corderos

Lola se enamoró de un hombre que había matado a dos mujeres. En realidad solo a una, pues la segunda había sobrevivido pero era una muerta en vida, ella misma lo había dicho así, en una entrevista extensa que la mayoría de los espectadores no había visto entera en esos programas nocturnos en día de semana. Antes de enamorarse, a Lola le gustaban los hombres que balaban como corderos indefensos luego de eyacular, no sin antes haber sufrido un poco, porque Lola decía eso, que los hacía sufrir un poco, que el placer estaba ligado al dolor en la antesala, antes de alcanzar algún tipo de éxtasis. Lola tenía un temple particular, lo notabas al verla entrar a un lugar. Podía intimidar a algunos, generar envidia en otras. Ay, la envidia, qué desgraciada es. Alguien quiere privarte de luz. Seguro encuentras que enamorarse de un asesino es peor. A veces somos contradictorios.

Los hombres andábamos asustados, eso era cierto, nuestros acercamientos hacia las mujeres se habían vuelto riesgosos, ya no sabíamos bien cómo acercarnos y lo que quiere un hombre es saber siempre cómo acercarse. Había que cuidar las formas y en ese extremo cuidado, seguramente nos equivocábamos y nos volvíamos más torpes o más idiotas. Dejamos de hablar como antes aunque de algún modo, sin darnos cuenta, seguíamos haciéndolo, hablando

como siempre, bastante, y callando también. Lola me dijo: «Los compadezco, pero me siguen gustando». Yo era su amigo porque fluía con la corriente sin aferrarme a las rocas. Eso me decía ella y yo no siempre la entendía, o lograba entender la idea general, pero no los detalles. Lola estaba hecha de detalles y por eso los vínculos duraderos le eran difíciles. Hasta que se enamoró de ese hombre y nos enseñó a cruzar la propia vara, que es donde logras sentir alguna afinidad espiritual con el animal que llevas dentro.

Cuando esto ocurrió hablamos sobre el miedo: «Nacimos con miedo, actuamos gracias a él». Detestaba que la gente saliera ilesa de las situaciones. Una cobardía. «Sacarse una experiencia de encima no es fácil», decía, «como si para un niño, o un viejo, fuera simple sacarse un chaleco, pregúntales: es difícil». Recorríamos un centro comercial estilo caracol de la gran avenida porque le habían dicho que allí trabajaba Estela, en una de las peluquerías, pero ya habíamos entrado a cinco y en ninguna de ellas había una Estela. «Hay más locales del otro lado, vamos», y proseguía: «Nadie se sacude así como así de lo que ha vivido, Damián, es como con un color: lo diluyes, lo mezclas con otro para que se atenúe, se transforme, pero nunca deja de estar ahí, solapado, sigue existiendo en la mezcla». Era detallista, amaba divagar y yo la escuchaba con ferviente paciencia. Se lo debía, aunque también mi entrega era honesta. Me gustaba Lola porque me lo contaba todo, hasta que no.

No encontramos a Estela ese día y nos metimos a una fuente de soda a engullir completos. Lola me miró comer detenidamente porque yo tragaba sin respiro: «Tu boca parece un exterminio», me dijo. Me contó ahí que este hombre, al menos con ella, era como un corderito al que había que alimentar gradualmente, en todo sentido. Que había logrado llevarlo a los rincones oscuros a los que él necesitaba llegar, y que en cambio él la había llevado, contra todo pronóstico, a una zona clara que tiene ver con lo que mencioné anteriormente, la afinidad espiritual. Me explicó que eso del asesinato había sucedido hace muchos años, que el hombre había cumplido su condena e incluso se la habían rebajado por una

conducta intachable, que ahora su vida era otra después de años de indefensión.

¿Indefenso? No le pedí que me aclarara lo que quería decir, yo le ponía el hombro a Lola, soy un buen amigo, los buenos amigos hacen eso y más. Lola me lo contaba todo.

*

Encontré a Estela un día que fui sola, sin Damián, que a veces me cansaba porque creo que como amigas, las mujeres somos muy condescendientes. No le conté que iba a ir, tampoco que la encontré. La información de que Estela hacía las uñas en una peluquería era falsa, no se nos ocurrió pensar en eso antes, en las falsas pistas para despistar a personas como yo. Estela trabajaba en otro caracol, varias cuadras más arriba de la gran avenida que dividía nuestra pequeña ciudad. La tienda se llamaba Novia Negra y hacían tatuajes y también vendían juguetes, accesorios. El lugar tenía luces de neón y sonaba una música clásica. Estela tenía unos cincuenta años y se vestía de una manera juvenil que le sentaba muy bien. Me miró con desconfianza, era de las perceptivas. «Vengo de parte de El Gavilán», le dije, y abrió mucho los ojos y luego los cerró como si así me fuera a erradicar. «Lo conozco», agregué, «lo conozco bien. Te pide perdón». Se puso a temblar, quizás creyó que yo le haría daño, quizás los daños dejan eso, la idea de que siempre vendrán más, sean de quien sean. «Yo ya lo perdoné», me dijo, «si tú necesitas alguna redención con él, no es conmigo la cosa». Estela vendía un látigo que medía unos ochenta centímetros, hecho con veinte finas correas y un asa de cuero con tachas metálicas. «Llevo esto», le dije poniéndolo sobre el mostrador. Pagué cincuenta mil pesos y salí de la tienda y del caracol a la gran avenida.

*

El Gavilán me había tratado bien al comienzo. Eso es cierto. Ya se sabe, no siempre empieza todo mal pero suele terminar mal. En ese tiempo yo trabajaba en un puesto de flores del barrio Alquinta y él entró un día, compró unas flores y me las regaló. «Llevo días

mirándote de lejos». Podía tomarse como un presagio de algo bueno o algo malo. Los primeros dos meses fueron románticos y apasionados. Me decía "Estela mía, huella indeleble", pero el tercero fue una pesadilla hasta el día en que intentó matarme y no le resultó. Di una entrevista de dos horas en la TV donde explico todo. En esa época me sentía muerta y por eso necesitaba hablar de mí. No lo haré de nuevo. De lo que me interesa hablar ahora es del negocio de los corderos. Los degollaba mientras estaban conscientes, ya saben, tenía un personal calificado y minúsculo, un personal a la altura de las cosas que hace la gente y que no debe hacer. Además de meterse varios pesos más en el bolsillo, me gustaría entender cuál es el propósito de sacrificar ilegalmente en un matadero fétido y mal agestado a un animal tierno, manso. O de dónde venía su obsesión por hacer con esos animales y su personal calificado unos rituales que bordeaban lo abyecto. La religión es buena cuando no es excesiva, pero siempre cae en excesos y te tiene de rodillas sintiendo culpa. El Gavilán enloqueció cuando una noche me desperté con sed y él no estaba a mi lado. A veces despertamos de pronto para que realmente comprobemos dónde estamos y abramos los ojos. Una premonición de la que no tenemos data, nos avisa. Lo busqué por la casa. De una de las ventanas que daba hacia las hectáreas de su terreno se colaban destellos. Venían del granero, que se convertía en matadero y secta por las noches, lo supe cuando salí corriendo porque creí que había un incendio y que El Gavilán intentaba apagarlo y se podía quemar, pero no. Alaridos atronadores, un olor que no podría clasificar porque no era a descomposición, carne cruda, sangre, lana quemada o sudor. Puede que haya sido todo junto y quién sabe más. Por la puerta entreabierta atisbé golpes y bofetadas, corderos ensangrentados suspendidos de las patas por cadenas, cánticos febriles bajo el poder del delirio y el furor de los desvíos de un grupo. No sé si quiso degollarme porque los descubrí, porque ya estaba poseído por la invocación, porque su afán de control se había disparado. Logré escapar a la casa de mi madre, sin ver donde pisaba, sin pausa,

kilómetros que no hubiera hecho en un día cualquiera. No salí de casa más que para denunciarlo. «Me deberías agradecer», me gritó la última vez que me gritó, la droga acentuaba su violencia pero retrasaba sus movimientos, jadeaba como lo hacía en la cama pero ahora me daba asco. Era romántico El Gavilán, nunca negaré eso, y nunca pasó por mi mente sentirme una idiota por haber dormido al lado de un monstruo. El amor no está hecho de elecciones conscientes, lo sé yo, que hago tatuajes a personas que ponen en su piel: te amo infinito, seguido de algún nombre de ese amor que terminará. El amor no se va de la misma manera en que llega, se puede demorar y ponerte boca abajo, para que padezcas la pena hasta que cambies su forma. Es como una planta: muta junto con las estaciones, muere y renace, pero nunca de la misma manera, porque la naturaleza es perfecta.

*

Yo reconocí al Gavilán aunque había pasado tiempo, era imposible olvidarse de esa cara que había estado meses pegada en todos los postes de luz de este lado de nuestra pequeña ciudad y del otro. Había quedado tan reducido al alero de la erosión y las manchas que dejan los comentarios y los hechos que por efecto contrario, su cara se había fijado en el recuerdo de todos. Estábamos solos en el bar y me acerqué. Tenía algo de víctima, eso sentí en aquel momento, que el peso de los años de sentencias legales y cotidianas había invertido los roles en su mente y también en la mía, un corderito distinto que daba la posibilidad de invertir los papeles, porque yo necesitaba una experiencia como esa, un corderito que sabe cazar por sorpresa y no se deja adiestrar. Qué prejuicios podía tener alguien como yo, la Lolita que de pequeña hacía de las suyas y de joven hacía de las suyas y después tenía amigos como Damián, que le debían la vida porque si no estarían muertos. Compartimos nuestras perversiones con El Gavilán, quizás solo eres capaz de esto cuando simplemente te enamoras sin contemplar nada. Que alguien conociera mis vicios, era, por fin, el final de una serie de balidos que valían por haberme traído hasta aquí.

Él quería que me cortara el pelo para comenzar un negocio, accesorios con cabellos de verdad, cabellos de mujeres para hacer plumas estimuladoras, fustas y pelucas. Le encantó que yo lo considerara una muy buena idea y que me diera igual cortar mi pelo larguísimo, nunca había usado una melena, los apegos sirven para ser cobarde, siempre se lo repetí a Damián. El Gavilán me sentó en un caballete: «Mejor desnuda», me dijo, «para que a la ropa no se le peguen los pelos, para que después con el cabello corto seas mi muñequita». Sus tijeras parecían estar hechas para cuerpos grandes: «Es que tú eres un animal grande», me dijo, «pero yo te dejaré pequeñita, como siempre has querido». Los pasos de un bebé son cortos pero aun así avanzan, firmes y seguros. Tenía una destreza nunca vista para anudar el mechón ya desprendido del cuero, no sé cómo lograba tensionarlo. Supongo que algunos tenemos el apresto para ciertas tareas y acoger a cierta gente, sin que importe lo que justamente impide que esas acciones sucedan. Estela, por ejemplo, no era de este grupo, no veía el lado claro del corazón de los que hacemos ruido.

En la cama, El Gavilán me decía que él nunca me haría daño, que eso ya había quedado atrás, que eran otros sus intereses. Yo sabía que era capaz de matar a alguien, a una mujer, a un cordero, pero jamás a mí, porque yo no era ninguna de esas dos cosas.

*

A Lola le debía la vida, y ella lo remarcaba cada vez que podía, me lo sacaba en cara, su lado miserable se le escapaba y yo estaba ahí para ella. Pero cuando se enamoró del asesino se alejó de mí notoriamente. «El de los corderos, además», se indignó con mi comentario cargado de desdén y preocupación, pero fue inevitable en mi afán de protegerla. Me agarró del cuello lo suficientemente suave como para que yo no me sintiera en peligro. «De ahora en adelante tú no preguntas, yo te cuento lo que considere. Eres mi amigo, Damián, los amigos no desconfían, los amigos liberan al amigo, no lo acorralan, Damián. Para eso están los amantes», no paraba de aleccionarme. Siempre había sido tajante pero ahora

aguantaba lo mínimo. Me hizo repasar con nitidez la vez en que no solo me mantuvo vivo, sino que se encargó de que absolutamente nadie se enterara de lo que había pasado. Estaba seguro además, de que nunca nadie se enteraría. «Escucha Damián, soy la helada que ya ha abandonado el suelo pero vuelve para prepararlo». A Lola había que pedirle perdón y estaba a punto de tomarle las manos para decirle que la quería, que me disculpara, cuando entró una mujer al café donde estábamos. Se quedó mirándonos perpleja y con desprecio, y eligió no quedarse. Una ráfaga de frío entró cuando cerró la puerta. Era Estela. No había cambiado mucho desde la entrevista eterna que nadie había visto completa a pesar del morbo. «Ya hablé con ella», me dijo Lola, «por eso nos miró así». No me diría nada más, pero estaba claro que con esto yo ya había quedado fuera y no había forma de volver atrás. Tenía razón: nos habíamos vuelto toscos y evidentes, la cercanía se alejaba de nosotros.

Sé que era lo último que debía hacer, pero el deber casi nunca tiene que ver con el querer. Era probable que esa misma noche fuera a tocar la puerta de El Gavilán, con el miedo necesario, para que me diera algún consejo, para que precisamente fuera él mi depredador. Porque si no lo había logrado con Lola, tendría que seducir a otra mujer. Y quién mejor que él para enseñarme.

Irma

«¡Mira quién anda por aquí! ¿Me voy a morir que vienes a verme? Siglos que no te veo, Polluela. Pasa, pasa».

Yo era una adolescente cuando fui a visitar a mi abuela esa tarde. Era una mujer que hablaba mucho y con descaro, una de las razones por la cual no iba a verla seguido, pero esa vez estaba decidida a soportar su artillería. Necesitaba dinero. E Irma tenía dinero. Necesitaba con fervor ir a ver a las Manholes, un grupo punk de cuatro jóvenes un poco mayores que yo, no sé cómo habían logrado llegar hasta allí. Lo único que yo logré fue imitar sus cortes de pelo, raparme el costado izquierdo de la nuca y verme como un hombrecito apuesto. Ellas se veían como muchachas que sabían limpiar baños. Habían trabajado en eso antes de lograrlo todo. «Me gusta tu peinado», me dijo Irma, «es como si tuvieras cáncer, pero a medias». Mi madre la apodaba ***sumajestad***.

«¿Me voy a morir que te apareces así, Polluela?».

Irma era vieja y los viejos que vivían con ella iban muriéndose, según contaba mi madre cuando volvía de sus visitas semanales: «Ha desaparecido el de la pieza del frente». Mi madre no era directa para decirme las cosas, tenías que inferir si estaba disgustada o triste y eso confundía sus relaciones. Comprendí después que era una forma de adquirir templanza: o repites patrones o haces lo

contrario. De todas formas, algo fallará, cometeremos errores porque eso es lo que hacemos siempre, aunque sean distintos y nuevos.

Yo era una adolescente como todas, con tentáculos con los que estrangulábamos al resto, dejándolos sin respiro y energía.

Pero Irma estaba de lo más viva. Amaba todo lo que oliera y fuera de color violeta. Ese día llevaba un lazo de terciopelo que cogía su pelo largo y blanco de manera un tanto deplorable. Quizás la hacía ver más joven y eso era ridículo, una niña en un cuerpo arrugado, con esa blusa lila de cuello redondo y ese collar de finísimas perlas que nos recordaban que era una abuela. Cuando entré a su habitación, el sol del atardecer iluminaba directo su rostro y el mío, cegándonos un poco. Pero iría cayendo, como caen todas las cosas con el tiempo y el brillo se quedaría ahí, la estela que deja la luz previa a que suceda algo.

Había ido poco preparada, impulsiva y tenaz como era. No tenía idea cómo iniciar la conversación que me llevara directamente a pedir dinero. No era buena pidiendo cosas. Las Manholes merecían que yo estuviera ahí cantando con ellas, gritando por ellas, saltando hasta perder agua y sensatez. Pero no había trabajado en el verano aunque mi madre me había insistido: «Trabaja, para eso está el verano». Me había enseñado a no robar y por lo demás yo era cobarde, solía ver cómo Amanda robaba siempre en el pequeño supermercado. «Es fácil, sígueme». Se metía barras de chocolate adentro de los sostenes. «Nadie nos puede tocar las tetas», pero yo solamente la miraba y miraba en los pasillos las cosas que no podía comprar. Salíamos del lugar como salen las personas que han pagado por sus compras, lúgubres y resignadas. Amanda era brillante.

Irma estaba sentada en su sillón de siempre, se lo habían llevado para que todo pareciera intacto, como si estuviera en su propia casa. Para lograr eso no podías ser pobre.

«Qué bueno que viniste justo hoy. Nada es casualidad».

Mi madre me había advertido que en Irma se habían acentuado sus defectos. Dice lo que piensa, inventa historias, te obliga a hacer cosas imposibles. Yo solo necesitaba ir al concierto. Mi madre era cajera de un banco, sostenía en sus manos dinero que no era suyo y le tocaba oír lamentos permanentes. Yo oía sin que ella me viera las conversaciones que tenía por teléfono con su amante. En esa época no podía llamarlo por su nombre, me enfurecía pensar que hubiese alguien mejor que mi padre para ella, aunque también sabía que mi padre había tirado por la borda la oportunidad de estar con una mujer como mi madre: trabajadora. Se llamaba Daniel, puedo decirlo ahora, y hablaban seguido por teléfono porque tenían poco tiempo para verse. Ella le contaba que la gente se lamentaba mucho, problemas de dinero, casi siempre, «la gente es poco amable por no tener dinero, pero también es poco amable por tenerlo». De a poco la conversación derivaba en un encuentro sexual a distancia, su tono lascivo me provocaba algo extraño: de pronto ya no era mi madre, sino una mujer cualquiera. Se lo agradecería con el tiempo, sin decírselo nunca, pero en ese momento la odiaba por hablar así, y me odiaba por quedarme ahí oyendo, como una espía de poca monta porque una espía profesional consigue al menos beneficios económicos, aunque al final, el dinero y el sexo son parte de la misma codicia, albergan todo tipo de derroches. «Estoy abriendo una pierna, ahora la otra, bien lento, así, como te gusta, como lo hice la última vez».

Al día siguiente mi madre se despertaba al alba, me hacía el desayuno, dejaba limpia la cocina, se ponía su traje de dos piezas, a veces bien planchado, otras no porque prefería meterse temprano a la cama, pasaba un paño por el espejo del baño y ponía sobre sus párpados una sombra gris metálica. Se aseguraba de que llevara todos mis cuadernos, me dejaba dos cuadras antes del colegio porque yo le había pedido que mientras menos nos vieran juntas, mejor. Así volvía a ser ella, y yo su única hija a la cual le daba lo mejor posible sin recibir mucho a cambio. Si ahora la tuviera al

frente, le preguntaría qué sentía en esa época, qué llenaba su corazón, o qué lo vaciaba.

Irma me repitió lo bien que se sentía de tenerme ahí hoy. Que iba a necesitar mi ayuda. Le dolían las rodillas hace tiempo, un dolor que no se iba de ahí, que había elegido esa parte del cuerpo para condenarla, «No sabes lo que tienes, Polluela. Libertad de movimiento». Pero yo también me sentía en una cárcel porque es como se sienten los adolescentes, llenos de frustraciones que en ese momento parecen las más importantes. Todavía no sabes que habrá desilusiones y miserias más hondas. No podrás culpar al resto, porque esas cosas serán realmente tuyas o te las prestarán de manera falsa y tendrás que devolverlas pagando. No habrá nadie más que se haga cargo. Nadie te lo dice, o si te lo dicen no escuchas o no les crees, tus tentáculos te estrangulan a ti también, te impiden respirar fuera de lo que no sea tu mundo. Es simplemente así.

Le dije a Irma que yo también necesitaba un favor: «Ajá, por eso estás aquí, Polluela. Está bien, está bien… Yo necesito salir». Los afectos están llenos de transacciones. No le entendí en un principio, pues a veces salía con mi madre, que la llevaba siempre al mismo café, porque era barato y tenía descuento para la tercera edad los jueves. Además, el ave palta era con ave y palta frescas, cosa que le importaba mucho a mi madre, que aprovechaba de comer carne y ese tipo de cosas por las que no podía pagar a diario. A veces cocinaba escalopas, pero me las servía solo a mí.

«Escúchame, Polluela, lo mejor de ser una adolescente es que estás creciendo y ni siquiera piensas en que algún día serás como yo. Nadie te baña por presas, te limpias el culo tú sola. A mí ya no me queda expansión. Una vieja como yo ya sabe de lo que se perdió. Pero tengo algo pendiente que no puedo dejar de hacer. Yo te doy lo que quieras si tú vienes mañana y me ayudas. Necesito que seas valiente. ¿Lo eres, verdad, Valentina?».

Fue la única vez en que me llamó por mi nombre, y sonó como algo demasiado grande, como si con esa pregunta estuviese afirmando algo por mí. No me daba opción y a la vez me instaba a

tomar un riesgo, a ser su cómplice en alguna acción secreta donde yo debía encontrar mi lugar. No me dio pie a responder. «Mañana tengo que salir. Sola, que es donde está el problema, porque ya sabes que en este moridero no te dejan hacerlo. Tengo que hacer un trámite importante, Polluela. Tú te quedarás aquí, cubriendo mi desaparición. Volveré, no te asustes, pero necesito que nuestro plan no falle».

Al día siguiente no quería que terminara la jornada escolar. Por primera vez me hubiese quedado hasta muy tarde haciendo abdominales, resolviendo ecuaciones, memorizando densidades demográficas que en un día normal habría olvidado pronto pero que ese día estaba dispuesta a recordar por siempre con tal de no salir de ahí y tener que cumplir con ***sumajestad***. Me sudaban las manos y no me atrevía a contarle a nadie, todo el asunto se me hacía inabarcable, pero sentía que delatarlo era peor. La vida de una adolescente casi siempre es trágica, su mente es incapaz de aquietarse, se posa aquí y allá, en el lugar del frío misterio donde el resto no es capaz de entrar. Irma me había citado a las cuatro en punto, ella escaparía a las cinco. Las Manholes sonaban en mi cabeza como una plegaria sumisa, como si fuesen ellas mismas las que desde su ciudad lejana me alentaran a no desistir.

Amanda me invitó a una galería del centro porque quería ver si era fácil robar. Su madre iba a depilarse allí, ella la acompañaba y se aburría. «Yo no soy ladrona, robo. Es distinto». Amanda tenía una hermana mucho mayor que ella, casi de la edad de su madre. Exageraba, pero era verdad que parecían hermanas. «Un día me tiró tan fuerte el pelo que me sacó un mechón grueso. Luego se miró la mano con ese montón de pelo muerto, como si fuese un cuerpo extraño y dijo: prefiero tener un montón de billetes, al menos se pueden contar. Y botó mi pelo al suelo como si no valiera nada». Amanda me contaba escenas así, era capaz de expresar toda su ira y lloraba a veces delante de todos. Mi madre decía que había que llorar por cosas útiles. A veces la veía ponerse rígida cuando colgaba el teléfono, la llamaban por cuentas impagas. Pero fuera su amante

o sus cobradores, al colgar se ponía dura como un pan abandonado y sin morder, sin desperdigarse, su mano presionando el teléfono, como si en esa mano concentrara todo su dolor. Le dije a Amanda que no podía acompañarla pero no le conté nada, aunque Amanda era brillante pues tenía intuición.

Irma lanzó una carcajada al verme entrar. «Pareces una recién nacida, Polluela. Como si te hubieran tenido en brazos y de repente ya no. Pasa, pasa». Irma se fijó en mi polerón ancho, con una foto de las Manholes impresa que se había ido descascarando, porque lo usaba mucho y mi madre lo lavaba seguido, aunque yo lo escondía y ella lo encontraba. Las madres que son buenas supuestamente hacen eso, encontrar lo que uno esconde. Irma me informó que vendrían pronto a darle unos medicamentos, y que ahí diríamos que pasaría con ella la tarde, como si realmente me interesara pasar la tarde con una anciana. Diríamos que tenía que escribir la historia de mi familia, que necesitábamos privacidad, «pues hablaré cosas íntimas, la interrupción puede matar la magia». Me preguntó por qué me ponía ropa tan fea, aunque inmediatamente después se retractó: «Ya no estoy capacitada para dar clases de lo que yo considero bello... De todas maneras es horrible y esos hombres son feos también». Le repliqué que eran mujeres y me preguntó qué cosas hacía con mis amigas. «Hablar de nuestros enemigos», le respondí. «Pésimo hábito, deberías renovarlas o bien enseñarles», como si yo hubiera tenido el poder de hacer eso. «Como eres hija única todo te asusta, Polluela. Y crees que se te va la vida en todo lo que haces. Haces poco. Pero hoy harás algo bueno».

Irma vestía un abrigo de paño, con hombreras, morado oscuro, que le quedaba holgado igual que mi polerón, y sobre su regazo tenía un sombrero de esos que se ponen las mujeres de la realeza, ridículo y aparatoso. «¿Dónde irás, Irma?», me atreví a preguntarle. «Te lo diré cuando vuelva, Polluela. Porque no temas, volveré. Y te daré lo que me pidas». Recuerdo cuando mi madre se metía mar adentro y se volvía un punto mínimo entre las inmensas olas. Yo la observaba con apremio desde la orilla, porque pensaba que al no

perderla de vista no iba a desaparecer. Quizás eran cinco minutos, pero yo dejaba de escuchar el tiempo, el ruido del mar se metía dentro mío. Al regresar a la orilla me daba las gracias y me decía «es mi único momento». Los acumulaba creo, para poder proseguir, los pies sin pisar nada, dejándose llevar por la ondulación del agua.

Irma me ordenó cerrar los ojos. Cuando los abrí, ***sumajestad*** se había ido.

*

«Yo adolescencia no tuve. Pasé de ser niña a adulta, eso era lo que se usaba. El trabajo y el amor, o el dinero y la pasión, o el sexo, puramente, me sumergieron en la vida tal y como es. Intenté no hacer nada malo, pero uno termina haciendo algunas cosas mal, para sí misma y para los demás. Me enamoré de un hombre bastante mayor que yo. En realidad creí que me había enamorado, pero solo era un ensayo, luego este tipo de historias, con el paso de los años, se ven como los cristales de un caleidoscopio. Limpiaba la piscina del hotel de mi padre, concentrado y silencioso, como si estuviera creando algo en vez de remover el agua. Estaba claro que yo no podía meterme ahí, más por su edad que por ser la hija del dueño, era peor parecer un padre que no ser rico. Pero me metí ahí y entonces empecé a entender que las cosas eran complejas, que había una zona oculta y brutal que emergía a pesar de nuestros intentos por acallarla. Eso hacía que se agolparan y proliferaran como mala hierba. A él le gustaba que yo no estuviera usada, me lo decía así, "me gusta que no estés usada, Irmita", con un tono delicado, y se dedicaba a observarme ahí abajo, desde muy cerca, y luego me tocaba suavemente como si su dedo fuese una pluma, cosa que me dejaba lívida. Tenía una voluntad envidiable este hombre, al día siguiente podía ignorarme por completo, para resguardo de ambos, aunque yo intentara azuzarlo con gestos torpes y típicos de quien se encuentra desocupada. Yo conocía una sola manera de hacer las cosas, mientras él, dependiendo de la ocasión y el ánimo, desplegaba un abanico de posibilidades. Me decía, por ejemplo: "Viajemos". Evidentemente nunca viajaríamos,

era lo que quería decir y hacer en ese momento, desnudos los dos, para después no dirigirme la palabra, para resguardo de ambos. Yo le proponía ir a su piscina de noche, porque era suya, era él quien la limpiaba y dejaba así, transparente y ligera para que el resto pudiera remojarse y no hacer nada. Que nos sumergiéramos como si fuésemos huéspedes y él hiciera lo que quisiera conmigo. Pero me decía que no, y seguíamos encontrándonos cuando él quería. Un día me regaló un anillo, "es de oro blanco, y su piedra una amatista". Yo no supe qué hacer. A mí me gustaba que el lujo no se interpusiera entre nosotros. A decir verdad, me gustaba que no tuviera dinero, posiblemente porque yo tenía de sobra y no buscaba en él más que placer. El sexo me alejaba de la prolijidad. Esa misma semana mi padre murió de un súbito infarto y su socio me ordenó: "Tendrás que sumarte al negocio". Yo no sabía de negocios. Cuando falta una pieza, las demás se mueven y conmueven dependiendo de la estrategia que empleen, de su cerebro y destreza. "Tienes la capacidad para hacerlo", me alentó este hombre mientras el socio de mi padre me hablaba de facturas, ivas, impuestos, términos básicos que la mayoría entiende bien. El socio enfatizó: "Tienes que aprender rápido, no hay tiempo". Yo no solía ser obediente pero como ya dije, estaba conmovida, mis órganos estaban calientes y tristes al mismo tiempo y tenía que disimularlo. El socio me aclaró, además, que era muy importante ser cordial con los trabajadores, no porque importara demasiado que estuvieran bien, lo crucial era que estuvieran bien para poder trabajar. "Si alguien se enferma, deséale una pronta recuperación para que vuelva lo antes posible a cumplir con su horario". Sacó un montón de carpetas, archivadores y talonarios y los puso encima del escritorio de mi padre, frente a mí. "Haré todo eso", le dije. Estuve tanto tiempo simulando que sabía que al final supe, aunque el cúmulo de equivocaciones fue ineludible y el socio me echó la culpa a mí del déficit anual, del costo hundido, en fin, cosas que sigo sin entender de manera cabal. Con el tiempo tuvimos que despedir a mucha gente y uno de ellos fue este hombre, porque redoblaríamos las funciones para quien enceraba los

pisos de las salas comunes. No hice nada por defenderlo, era congruente de mi parte seguir pensando que el dinero no debía interponerse entre nosotros, pero lo que quiero expresar es que el dinero siempre termina inmiscuyéndose en todo. Extrañé por semanas sus dedos sobre mis pezones, lo nuestro tenía sentido ahí, dentro del hotel, eso era lo que "lo llenaba de amor". Usó esas palabras, después comprendí que estaban mal utilizadas y me mostraba la cara más cruenta de nuestras condenas. Quería desaparecer como él desapareció de mi vida, huir y dejar todo botado. De algún modo, todos volvemos a ser los niños egoístas que fuimos».

*

Irma volvió con el rostro brillante, no supe si por el frío de esa tarde, o porque yo la veía así después de haber sufrido tres horas. Mi cuerpo estaba cansado y me dolía todo. Quería que me diera el dinero para poder ver a las Manholes y no volver a verla nunca más. La odié durante tres horas, cada vez que oía voces en el pasillo oía mi corazón, creía que me iba a morir. Me recosté en su cama intentando calmarme y nada, solo penetraba en mi mente la idea de que prestar ayuda era eso, sufrir algo a cambio, siempre había algún resquicio por donde se colaba el daño.

«Siéntate, Polluela, ¿te gusta el chocolate?».

Irma sacó de su cartera una barra de chocolate.

«A todo el mundo le gusta el chocolate», esas eran mis maneras de expresar enojo.

También sacó una pequeña caja, había dentro de ella un anillo con una piedra morada y brillante, como su cara.

«Te estoy preguntando si te gusta a ti. ¿Sí, o no?».

«Sí, me gusta».

«Toma, comételo. Yo me comeré este anillo».

Quise salir corriendo, pero no podía irme sin mi dinero y mis piernas se paralizaron.

«Cuando cuente tres, tú te comes un pedacito y yo tragaré esta joyita. Uno, dos, tres», y se llevó el anillo a la boca. Le tendí tiritona

el vaso con agua que estaba servido ahí desde mi llegada, pero Irma me hizo un gesto con la mano de que no lo necesitaba. Se quedó inmóvil. Creí que se iba a atorar y a morir. Irma era de aquellas personas que hacían lo que querían, sin que nadie pudiera alterar ese deseo.

No supe qué había ido a hacer afuera, no le pregunté. Ahora me gustaría saber todo lo que pasó esa tarde y mucho antes de eso. La vida está mal diseñada, cuando te quieres enterar ya están todos muertos. Irma lanzó otra gran carcajada.

«Nuestra risa es estridente ¿no crees, Polluela? A los amargados les molesta, porque cuando la risa además de oírse se ve, provoca envidia. Ya te debes haber dado cuenta». Confirmé que Amanda era genial, porque siempre me decía que debíamos cuidarnos de los seres arruinados, que nosotras teníamos altura de miras mientras me ofrecía cigarrillos en lo alto del cerro, en el mirador donde podías ver el sol caer.

«Aquí tienes, Polluela, tú quieres dinero, yo lo sé. Qué más querría una adolescente». En ese preciso momento volví a quererla y ella me abrazó tan fuerte que pude sentir sus tentáculos en vez de los míos, la fuerza de la boca de un pulpo dura y afilada como la de ella.

Me pregunto ahora si el silencio, si el estar sola, la desesperaba. Nunca supe si ese día todo había sido hecho para mí.

Hilos finos

La mujer del frente parece preferir a un hombre en vez de a su hija. He concluido esto mientras como papas fritas antes de dormirme, cubierta con dos frazadas antiguas que eran de mi tía y que me dejó en herencia; dos frazadas, no está mal. A eso me dedico últimamente, a concluir cosas de noche, comiendo, a mi tía también le gustaba hacer lo mismo. Nunca comas mucho de noche, serás propenso a tener horribles pesadillas. Yo no le hacía caso.

He seguido de cerca los pasos de la vecina. Me quedé de pronto sin trabajo y por ahora no voy a buscar otro. Vivo en el departamento que también era de ella, de mi tía, puedo esperar aunque no me lo dejó a mí. Sara me envidia y me dice que yo no sé lo que es la vida, la verdadera, la que sufren todos y que los hace estar aquí, repitiendo los mismos gestos, entregados a una inercia inconsciente. Sara vive en el departamento bajo el mío y a veces viene a emborracharse porque necesita despejar la mente y relajar el cuerpo. Me cuenta que ya no tiene ganas de hacer nada. Yo por mientras me inventé una ocupación que me mantiene fresca. Mi tía solía decir lo siguiente: nunca pierdas la frescura de un recién nacido. Lo decía cuando me veía enojada por algo a los 8, a los 15, a los 22. Automáticamente me hacía sentir como una anciana por la que brotaba un enojo atávico, desde los pies y la nuca hasta

condensarse en el centro, el ombligo, un poco más abajo, o más arriba. Sabes que el sentimiento es tuyo (eres tú la que está enojada), pero a la vez presientes que no viene de ti, como si un pasado te empujara, te obligara a vivir de una forma que tú no has elegido. Simplemente ocurre así y tú sigues funcionando. Nunca pude ponerlo bien en palabras para que mi tía lo entendiera. Sara tampoco lo entendió del todo cuando intenté explicárselo a ella, me insistió en que tenía el cerebro adormecido, que el trabajo arduo y sin gusto provoca eso. Yo le ofrecí más vino y hablamos de cosas que no recuerdo.

Me inventé una ocupación grácil y ligera, algo para gastar las horas justamente malgastándolas, era lo que necesitaba porque junto con dejar de trabajar, Pedro me propuso abrir la relación y yo no acepté. Le parecía un sinsentido que todo estuviera dispuesto en compartimentos ordenados. Era aceptable, según sus propias palabras, que personas distintas nos otorgaran afectos distintos y necesarios, o satisfacciones distintas y necesarias, y no por eso uno dejaba de quererlos a todos. Pedro había tenido una infancia itinerante: Rusia, Guatemala, Sudáfrica. No sabía lo que era mantener amistades. Con padre diplomático y madre a disposición de la diplomacia del padre era eso lo que tenía, grandes ciudades y pocos vínculos. Esto no tenía nada que ver con su propuesta, pero calzaba con la idea de no tener propiedad sobre nadie ni nada. Aspiraba a que el amor se pareciera a la amistad: variada y llena de certezas, despojada de la horrible dependencia del amor. Ponerlo en ejercicio era lo difícil. A mí no me seducía compartirlo. Se parecía a lo que me ocurre con el enojo: si me acostaba con él un jueves, era altamente probable que él trajera consigo ese cuerpo con el que había estado el lunes. Muy poco tiempo entre una y otra: una vulva se metería dentro mío a través de Pedro. Los cuerpos se superponen. Es independiente del nivel de intensidad del contacto.

Antes de morir, hace ya varios años, mi tía me dijo que ya quedaba poca gente y pocas cosas ligeras y frescas. Pienso que algo de esto influyó en elegir una ocupación como la de espiar la vida de

alguien que vive como casi todo el mundo: con visión de futuro, tensando una cuerda hasta que vas a dormir para tensarla de nuevo al día siguiente, intentando no caerte de espalda. Pero el día está hecho de sutilezas y de enigmas, por sobre todo.

Volviendo a la cuestión: la mujer del frente ha echado a su hija de la casa y el hombre se ha quedado ahí. El trío que parecía inquebrantable, ya no va más. Todos los tríos parecen inquebrantables. Por mientras adentro la nuez es carcomida por hormigas y hay unos hilos finos y grises que parecen urdir algo podrido de entrada.

Los he escuchado tener sexo y no me molesta. Gimen como casi todos los seres humanos, pero los elefantes hacen lo mismo. Gritan cuando están excitados. Tenemos poca consideración con el rechazo y el gusto que nos provoca una misma acción o cosa. No es fácil integrar esta dualidad, parece fácil, como el trío, pero las dualidades también son complicadas. Cuando Pedro se fue, tuve por mucho tiempo unas ojeras verdes. El abandono se posó ahí. Alguien desaparece y entonces desaparecen con él otros actos de los que no teníamos registro, pero también surgen rastros improbables. Mi mente se fue recomponiendo, pero las ojeras seguían ahí. Dormía bien, me alimentaba, tomaba agua: ahí seguían. Pedro eligió partir y la mujer del frente también eligió. No sé quiénes ganan: si los que eligen o los que lo quieren todo, entonces deciden no elegir. Una vez subimos juntas la escalera porque tenía una amiga en mi edificio. Nos encontramos con una cáscara de plátano en uno de los escalones y me dijo «debe haber sido un niño». Cuando niña le tenía que llevar alcohol a su madre y a su abuela y el toldo que simulaba una casa no resistía el viento, ni la lluvia ni los seres invernales que se abalanzan sobre toldos y mujeres en medio de la oscuridad al borde de un río citadino bajo el puente. «Yo me crie bajo un puente, con estas dos viejas tomando». Se despidió y no jadeaba como yo, que todavía me faltaban pisos. Ninguna recogió la cáscara de plátano.

La hija no sé dónde se ha ido. Mi espionaje hasta ahora es precario. He detectado las acciones visibles, las que yo puedo ver y pueden ver todos si prestaran un poco más de atención. Si observas por mucho tiempo detenidamente a alguien, descubres una especie. Nunca podrás conocerla del todo, aunque la escudriñes día a día. Habrá una seguidilla de situaciones que no viste, que no verás y que son las importantes. La especie de pronto, de tanto haberla observado, dejará de impresionarte, como una escoba, una cuchara, el papel que necesitas para limpiar una superficie o tu propia mierda.

La mujer del frente se monta sobre el hombre con las cortinas descorridas. Me intriga una cosa: ¿Ella las abre justo antes o simplemente no las cierra? Su hija le gritó mucho antes de irse, nunca había oído gritar a esa joven, tenía una voz dulce y gritaba también de manera dulce. Luego desapareció y eso no afectó el diario vivir de nadie. Todo siguió igual. Eso me hizo rememorar los tiempos felices con Pedro, cuando me miraba sostenidamente y lograba que mi corazón se entibiara. Son momentos gozosos que no se tienen todos los días, hay que esperar sin letargo a que vuelvan. Inhalar y expirar profundamente en el intertanto.

Desde que Pedro no está, no juego cartas inciertas. Una carta incierta es cuando agarras lo que tienes a mano. Es fácil y puede hacerlo cualquiera. Si no lo has hecho, pruébalo. Es como un durazno en conserva. La opción es dulce, no deja de ser buena, pero dime, si te ponen un pastelito de tres leches, qué escoges. Hay que aguardar y aprontarse a lo nuevo: los pasteles nunca saben igual aunque sea el mismo. Si lo comes otro día, tú no serás la misma, el pastelito tampoco.

El trabajo que tenía antes de dedicarme a concluir cosas de noche mientras no hago nada en el día tenía lo suyo y me gustaba. Por eso Sara me decía que no sabía nada de la vida, porque según ella la vida real se experimenta cuando lo que haces para subsistir te hace sentir desgraciada. Nunca le conté que mi jefe era cruel, el dueño de la tienda, el mismo que sabía que yo hacía un trabajo

excelente pero que igual me echó. Nadie más que yo le arreglaría los engranajes, los motorcitos viejos, las cuerdas gastadas. Electrodomésticos, relojes antiguos, tecnología de primera generación. Arreglos con mínimas piezas que despojadas unas de otras no son nada y son un mundo, yo sabía exactamente qué eran y dónde iba cada una. Pero según el dueño me estaba demorando mucho en todo últimamente, mi desempeño había disminuido de manera estrepitosa. Usó ese adjetivo. Yo era entonces como el ruido de un disco rayado que no debe fallar por ser de calidad: no debe fallar. Pedro se había ido hace unos pocos días y mi cerebro era una pieza que había que reparar o cambiar. Mi jefe no supo darme tiempo, el muy hijo de perro. No era mucho, tenía las herramientas precisas para volver a andar bien en pocas semanas. Pero como ya dije, somos impacientes.

La vecina echó a su hija, prefirió al hombre. Esto era lo que me entusiasmaba por lo pronto. Los días posteriores solo oí sus gritos de placer. Me concentré en ellos, a ver si de ahí sacaba algo nuevo. Quise aislar esos sonidos de sus cuerpos, desprenderlos de sus gestos y movimientos, intentar clasificarlos sin acceder a los lugares que elegían para lamerse, sin saber cómo preferían ser tocados en esas hendiduras, empujados en esos llanos. Me atrevo a asegurar que sus resoplidos intensos, o aquellas frases inaudibles para mí luego de espasmos finales o durante los instantes de mayor excitación, no estaban exentos de amor. Fingir en el amor es un sinsentido y la complacencia está unida al corazón. Yo no podía oír sus latidos, lo sé, no estaba dentro de esa masa amorosa e informe. Sé que la pasión y el amor se pueden disipar de un momento a otro, a veces más rápido de lo que quisiéramos, o también de manera laxa, pero jamás podemos desmentir que existió.

Había noches en que eran silenciosos, pero yo sabía que estaban ahí. Somos incapaces de detectar el sonido que emiten las ballenas, es demasiado grave a oídos humanos. La hembra elige solo a un macho y se apartan del resto, pero luego ella se retira. No conocen la vida en pareja. Me pregunté si algo parecido ocurría con mi vecina

y el hombre, en esas noches silentes. Quizás el rechinar del catre, algún objeto que caía por accidente, la apertura de la ventana. El calor que emitían cuando estaban juntos llegaba hasta mí y duraba hasta que él se iba. Ella encendía la luz para vestirse, ordenar la cama y dormir sola.

Se sentaba unos momentos antes de meterse dentro, y yo veía al ser humano que estaba ahí, sacándose los aros, poniéndose crema y la camisa.

Veía a la mujer vaciada y colmada, y acaso también a la madre que era, porque eso se mostraba en su espalda algo encorvada, sus brazos fornidos, su cabello delgado. No eran en ningún caso atributos exclusivos de una madre, solo que ahí, sentada en la cama, yo veía a su hija: en esa espalda, esos brazos, ese pelo. También surgía la voz de mi tía corrigiendo mi conducta, advirtiéndome de ciertos peligros sin los cuales una mujer no podía vivir, según ella. Era bueno que yo tuviera miedo y arrojo, que lo tuviera todo, me decía. «Si eres fuerte también serás leve». El yunque no siempre debía ser la regla.

Me pasé bastante tiempo así, formando parte de sus encuentros desde una lejanía próxima, como una sombra que quiere hacer estallar el prisma. Hacia el final, me llamaba la atención ser la única que se asomaba. ¿No había algún otro curioso, excitado, alarmado? ¿Es que me los estaba inventando? ¿O ya todos habían encontrado lo que buscaban dentro de sí mismos, en sus propios hogares? No había nadie más que ellos y yo en noches como esa donde la dicha se esparcía, donde las dolencias, pese a estar ahí, eran ignoradas. Pero el júbilo es sagaz: sabe que al dolor le puede poner pausa pero no eliminar. Es uno de sus componentes. Al fin y al cabo, mi ventana era discreta y no alcanzaba la sofisticación, nacía del aburrimiento o la desazón y por lo mismo podía captar cosas menores. En la hija y yo existía el mismo desalojo.

De Pedro no supe más no solo porque él desapareció, yo tampoco me encargué de rastrearlo, de preguntar por él, de ir a los lugares que frecuentaba. Esto junto al pobre espionaje, me llevó a

hacer un día una fiesta, una reunión pequeña que incluyera a algún desconocido. Apareció con una amiga un hombre muy parecido al hijo de perro de mi jefe, tan parecido que al recibirlo quedé pasmada, y él confundió mi estupor con atracción. Terminó dentro de mi cama, no tengo una razón. Era una copia del hombre que había ninguneado mi trabajo, sabiendo que era excelente. Ese gordo no merecía agasajos. Esta era una versión mejor, más amable, también calvo pero experto en sumergirse entre mis piernas. Me acarició la espalda con uno, dos dedos, la presionó con toda su mano y la apartó. Volvió a presionar y soltar, fascinante. Sopló aire tibio en mi oreja. Curvé mi espalda para avisarle que estaba lista. Me preguntó si podía grabar y me negué rotundamente. Él me dijo: «Te acabas de mojar aún más».

Le había dicho a Sara que viniera, pero no pudo: había tomado un tercer trabajo y su tiempo libre se había reducido al mínimo. La miré con cierto desprecio y compasión, sin atreverme a preguntar cuál era ese tercer trabajo: máximo dos, pensé. Uno más y tu cuerpo es sometido a la degradación. «Tengo deudas», me aclaró. Quizás debía ayudarla. A Sara le tenía respeto aunque me encontrara caprichosa y me tuviera celos por serlo.

Esa noche le pedí al gordo amable que se fuera, no quería amanecer con él, aunque no soy quisquillosa y puedo despertar con alguien que no querré ver más. Nos despedimos con un beso de esos que dejan algo latente aunque este no dejaría nada y me quedé dormida de inmediato.

Tuve un sueño nítido, pero que recordé después, cuando el día ya había avanzado. Tejía una red de hilos que se extendía desde mi ventana hasta la ventana de la mujer del frente. Los hilos entraban en su casa como una delicada invasión, así son los filamentos. Se parecían a los finos hilos de las nueces apolilladas pero más resistentes, más satinados, estaban cosidos a la sábana de mi cama. Yo había enhebrado cada uno de ellos sin dificultad, en agujas con el ojo muy pequeño. Los había urdido a la sábana con perseverancia, como un animal manso o una abuela diestra en tejidos, es lo mismo.

Luego los había estirado, formando una especie de diseño intercalado, con sus tensiones y sus cruces, formando un hogar en el aire. Si se creaban nudos los desataba hasta lograr que cruzaran todo el patio común, desde mi ventana a la suya.

Con imaginaria cautela, yo reptaba por esos hilos sin que se cortaran y llegaba a la cama de mi vecina, donde estaba también su amante y donde yo me introducía como si nada, un acto normal que precede a todos los actos que vendrán, un acto que no abandonarás. Me metí dentro del cuerpo de la mujer del frente, que en ese momento gemía de placer como yo. Pero de súbito aparecía el rostro de Sara, difuso y serio. «El goce también se trabaja», le susurraba yo, «debes aprender a vivir el goce», susurraba la mujer del frente, «Desde ahí se comienza a hilar».

Esa misma tarde me encontré a la mujer del frente en el rellano de la puerta llorando. Creí que era de las que no lloraban. Junto con ver sus lágrimas, podía ver su sangre. No me preguntes cómo: podía verla sangrando por dentro. Se asustó cuando me vio y me pidió disculpas.

«Disculpa, tengo una herida», me dijo. Iba a preguntarle dónde, pero descubrí ahí que una herida puede ser una lesión en la piel, penetrante o perforante, pero que también una herida brota cuando se tiene una pena muy grande mientras muestras ser fuerte hasta que de pronto dejas de serlo.

La había espiado bastante mal, y eso implicaba que al amante y a la hija también. Mi ocupación había fracasado porque una herida puede propagarse y convertirse en otra cosa al abandonar su origen. Fue ahí cuando recordé el sueño de la noche anterior. «Mi tía no lloraba nunca, y eso le hizo mal». No supe qué más decirle, pensé que eso la ayudaría. Pero se puso inmediatamente de pie. «Vienen a jugar los niños», me dijo ya sin lágrimas y con tono seco, «me tengo que ir». Crías de entre cinco y siete años se tomaron el patio común de ambos edificios con sus gritos y risas. Ella ya no estaba y la estridencia de la infancia me atrapó como un gigante. Esa noche quise comprobar si el hombre aparecía y si sabía contener algo del

dolor que yo vi, pero estaba todo oscuro y en silencio, la ventana cerrada. Pensé en llamar a alguien con el cual obtener un rato de placer, pero solo lo pensé, porque de pronto se coló otra idea, la necesidad de recuperar lo que era mío. Dormí bien, cubierta por ambas frazadas. Por alguna parte se colaba un aire frío.

Eran las nueve en punto cuando llegué al local. Mi jefe sudaba intentando soldar una pieza de fierro fundido, en medio de la sala. «Lo estás haciendo mal», le dije al entrar a la tienda. Me miró como si no me conociera y efectivamente: no me conocía. «He vuelto», le advertí, pero no era una advertencia ni una imposición ni menos una pregunta. «Estás cambiando de caballo en medio del arroyo». Miró la pieza fijamente para poder entender. Cerró los ojos unos segundos y negó con la cabeza, como amonestándose. «Qué idiota soy», me dijo, «lo olvidé: con precalentamiento o sin. Pero no ambos. Gracias». Su actitud fue blanda como seguramente era su piel. Jamás nos abrazamos. Me senté en su lugar y comencé por ordenar las piezas más pequeñas.

Lograremos que no crezca

Natalia se había retirado del lugar donde vivía con su hermana y su prima mayor llevándose a sus veinte perros. Nacería una guagua, un hombrecito, había que resguardar el cráneo de un ser tan pequeño. Marlén, su hermana, le dijo: «O Simón o tus perros», y Natalia eligió a los perros porque la guagua no sería de ella y su hermana era su hermana pero tampoco le pertenecía.

La prima mayor intentó trenzarlas en una discusión inútil, a veces a las primas mayores les gusta la insidia, estirar el chicle, inventar otras tramas, agarrar el rifle, lo que sea para que explote una bomba entre las personas que conviven en una casa. Pero las hermanas eran escuetas y claras: o Simón o los perros. La prima se quedó lavando los platos con mínimos restos de puré y huevo después de un almuerzo que había durado poco. Las hermanas eran escuetas, claras y comían rápido. Marlén ya tenía casi treinta y ocho semanas de embarazo y Simón no había sido algo fácil de adquirir. «Alguien, no algo» aclaraba Marlén: que todavía fuera un bulto y no un hombre no lo reducía a ser una cosa. A Natalia le gustaba esa nueva hermana menor, segura y gorda, abigarrada de un nuevo brío. Recordaba cuando cazaban lagartijas y le cortaban la cola para ver cómo seguía moviéndose. También tiraban piedras en el río y comprobaban que aunque se hundiera, la piedra seguía viva, por las

ondas. «Si hay ondas, hay piedra», decía Marlén, «si hay piedras, hay onda», decía Natalia. Marlén siempre andaba con una muñeca de goma bajo el brazo, la llamaba Nina y olía a frutilla. Hundía su ombligo y la movía hacia atrás y hacia adelante para que la muñeca pestañara, con esos ojos azul brillante. «Las guaguas de verdad no hacen eso», le decía Natalia al pasar y fue en esa época que comenzó a vincularse con los perros. Tenían dos quiltritos que vagaban por las demás parcelas, las colinas y los sitios eriazos, pero siempre volvían al hogar. La prima mayor les daba comida y agua, les recogía la caca, y cuando un día de verano se quebró una pierna al caer de una escalera mientras cosechaba manzanas: «Se acabó la fiesta, muchachas, a repartirse las tareas de la casa». A Natalia, por ser mayor, le asignó más labores y quedó a cargo de los perros. Antes únicamente le hacían compañía, le lamían las piernas y movían la cola cuando ella corría, pero ahora debía darles de comer y beber, recogerles la caca. Fue fácil.

Una tarde, sentada en el rellano de la puerta, los perros estaban echados frente a ella y los dos la observaron como si fueran dos niños. Los ojos de los niños te miran sin pudor, fijan la vista en ti y pueden quedarse así hasta que otra cosa los distrae. Los perros, como si vieran algo más allá, más adentro o alrededor, parecían estar limpiándola de algo. Con sus colas inmóviles, le hablaban a Natalia y ella sintió que podía captar eso dicho en el silencio de la tarde, como si le dieran un amuleto. Esa misma noche empezó a tener visiones repetidas, no eran sueños, venían a ella justo antes de dormir. Cuatro visiones que volvía a tener pasadas cuatro noches. En la primera se comía una pelota de fuego, pero ella no se quemaba. En la siguiente la gente comía zapatos. En los restoranes y en los comedores de sus casas, las mandíbulas descuartizaban cuero. En la tercera aparecía una anciana idéntica a ella, con el mismo gesto en la boca, el de doblar por un segundo el labio inferior hacia un lado mientras hablaba sin pestañear. Era un habla sin sonido, solamente gesticulaba algo que a Natalia le llegaba como una súplica. En la cuarta había un hombre mayor que la describía.

Se llamaba Carlos. Tenía una libreta en la mano con una lista de diez adjetivos que definían a Natalia. Concluía demasiado rápido quién era ella y así mismo en la cama. Pues de la enumeración pasaban a estar dentro de una cama y él la violaba de manera eficaz, como una acción programada que requiere de apretar un botón para que se encienda una máquina, soltar el botón, la máquina sigue funcionando, sin mucho encanto porque las máquinas al final son así, la idea es que funcionen perfecto notándose lo menos posible. Luego tienes que volver a apretar para que se apague. El cuerpo de Natalia era como la luz de ese botón, dejaba de existir si no lo presionabas.

¿De dónde venían estas imágenes repetitivas? ¿Provenían de afuera o su mente maquinaba algo? ¿Eran imaginaciones, estertores de otras vidas, residuos de la suya? Había cosas que recordaba a través de un vidrio empañado, sumergida debajo del agua sin sacar nunca la cabeza. Cosas de ese pasado lleno de bruma y miedo, antes de que solo fueran ellas tres en esa casa. Las imágenes eran persistentes en reaparecer, sin variación, acosándola sin tregua, haciéndole sentir un gusto a cuero en la boca, o un olor a alcantarilla que no sabía relacionar con nada. A veces no lograba conciliar el sueño, algunos fragmentos se entrometían, su mente no le hacía caso a su mente. ¿Tenía que darse cuenta de algo? Las ocupaciones del día la sacaban de ahí e incluso lograba olvidar, a la manera que ocurre con los sueños cuando te despiertas de golpe y no los recuerdas, quedan sepultados hasta que algo los saca a flote.

La idea de tener más perros se incrustó en Natalia poco después y de forma obsesiva. Empezó a recoger perros de la calle, y como sabía que no iba a tener la venia de nadie, dijo que vivirían en los establos vacíos. Pero los establos aún eran un templo sagrado que nadie podía tocar. Los caballos muertos todavía no se iban de ahí, como si las almas heridas se negaran a abandonar su sitio. Las hermanas decían que el alma no podía doler «pues no sabemos qué es el alma, ni dónde está». Las muertes de los caballos habían sido violentas, desplomados sangrando, intentando moverlos para

enterrarlos. Las hermanas no debían ver a los caballos así, pero los vieron por los agujeros de las puertas de madera de los establos clausurados, sin saber que hay imágenes que quedan fijas para siempre en alguna zona del cerebro, provocando una pequeña hendidura. Varios días después, los cuatro caballos fueron retirados pero la prima mayor quiso conservar sus ojos, y los ganaderos no pudieron oponerse. Arrancaron los globos oculares y los metieron dentro de una bolsa. Haría un ritual para expiar la humillación y poder seguir sin ellos. Natalia y Marlén vieron de lejos un azadón, el humo, los brazos alzando algunas ramas. Sintieron un aroma que les dio hambre y entraron a la cocina. Cuando Natalia quiso que los perros vivieran ahí, insistió en que era necesario que los establos volvieran a tener luz y vida, que eso era lo que hacían los animales, se lo habían dicho los mismos perros a través de los ojos. Así se fue haciendo adulta, con su poder de convicción y sus ideas que no tenían que ver con las ideas que nos suscita la razón.

Simón nació y Natalia ya no estaba ahí. Tal como se había pactado, el niño llegó al mundo sin ladridos ni revueltas trenzadas por hocicos de dientes afilados. Marlén aulló de dolor hasta escupirlo. Por unos pocos segundos Simón no emitió sonido, hasta que vino el llanto por hambre, luego por indigestión y porque los seres y las cosas a veces nacen antes de tiempo y no están preparadas para vivir en el sitio en que viven. Por fin había un bebé en casa. Marlén y la prima mayor oían esos llantos y se sentían acunadas.

Natalia venía de vez en cuando a visitarlas; miraba al niño con ternura pero con cierta indiferencia porque no sabía bien cómo tratarlo. Había, sin embargo, algo que los conectaba. Natalia no sabía qué era ni por qué. El niño le sonreía mucho cuando comenzó a sonreír de verdad y no por reflejo, con esa sensualidad de lo espontáneo entre dos. «¡A Simón le gusta su tía Natalia!», exclamaba la prima mayor, para tantear si Natalia se tentaba a volver. Pero las hermanas no parecían tener problemas con sus nuevas vidas y mantenían la complicidad de siempre. La prima

mayor notaba, recelosa, la atracción inmutable entre ellas, tan simple como un campo magnético invisible y continuo. ¿Qué las había llevado a ser tan permeables? La prima se remontaba hacia atrás, al tiempo de los caballos y los adultos que ya no estaban, al tiempo en que los adultos dejaron de estar y ella fue la que siguió criándolas. No le gustaba recordar esas escenas a contraluz, donde una niebla opacaba las voces y los ademanes y los ojos de unas niñas asustadas que se aferraban abrazadas como si ya no quedara nada. Pero estaba la casa y la prima y pronto volvieron a cortar lagartijas y lanzar piedras que nunca se hundían.

Simón aferraba su pequeña mano a la mano de Marlén cuando ella le daba leche. Marlén estaba impresionada de lo recio que podía ser un cuerpo diminuto, de que la indefensión le diera resistencia. Le contaba a Natalia: «Simón se pega a mí como si supiera hace siglos lo que tiene que hacer». Durante el camino de vuelta, Natalia tenía visiones atenuadas por el atardecer, pero con la misma rareza de las visiones nocturnas: Marlén soltaba a su hijo y su piel comenzaba a desprenderse y así todo lo que había dentro de la piel se caía al suelo y desaparecía.

El niño crecía y todo crecía con él. Algunos perros se habían puesto mañosos y necesitaban más cuidado. Natalia se abocó a ellos, saliendo cada vez menos. Dormían con ella, encima o a los pies de la cama. Temblaban un poco antes de quedarse dormidos y rugían como si no fueran mansos. Lloraban sin lágrimas, igual que Simón al nacer.

Hasta que un día recibió la llamada de Marlén. «Te necesito», le imploró con palabras entrecortadas, frases sin articulación. Misión urgente, era cosa de ambas, debían detenerlo. Natalia esperó, sin interrumpirla, sabía que dejándola hablar se calmaría y lograría explicar.

«Simón», profirió en voz baja, «no puede seguir creciendo así, tan rápido», el desasosiego era evidente, pero también la determinación. «Trae a los perros, por favor. Ellos sabrán

ayudarnos». Natalia comprendió el mensaje antes de que Marlén se lo dijera: «Simón debe quedarse como está».

Cabían diez en la caja de la camioneta y los otros diez en un remolque de transporte que se enganchaba a ella. No estaba lejos de la parcela pero tuvo que ir lento, pues los perros estaban nerviosos y daban vueltas sobre sí mismos. Se quejaban como si los estuvieran pellizcando. Cuando cruzaron el portal, el mismo por el que se habían ido meses atrás, algunos inclinaron el hocico hacia arriba, otros doblaron las orejas hacia abajo, los demás escondieron la cola entre las patas. Natalia de pronto sintió esa sensación de abandono, la que había sentido años, cuando abrazaba a su hermana con temor. Sintió también un gusto nuevo en la boca, como si otra boca se metiera dentro de ella con insolencia y ella, sorprendida, se viera forzada a recibirla. Sacudió la cabeza para desprenderse de la imagen, se preguntó si acaso su problema era que no sabía recordar.

La prima mayor había ido a ver las cosechas. Eso le dijo Marlén con la ansiedad a la altura del cuello y de su pecho. Natalia podía distinguir los escondites y refugios en los que su hermana se sumía desde pequeña, con visible disimulo. ¿Acaso recordaba pero no sabía hablar? Posiblemente la prima regresaría al día siguiente, Simón le había arrebatado tiempo y el trabajo se acumulaba.

Natalia liberó a los perros, que comenzaron a dar vueltas alrededor de los establos cerrados. Marlén le tendió un manojo de llaves y cada una abrió dos establos. Los cerrojos estaban oxidados, se demoraron en aflojarlos. El chirrido de los portones era parecido a los llantos de los perros y la luz del día de pronto cambió, cuando entraron en esos cuartos con ojos de potros enterrados e impregnados de humedad.

Simón ya se sentaba solo, pero aún no gateaba. Al ver a Natalia, el niño le sonrió con la sorpresa de ver algo que te gusta mucho pero que nunca has visto. Había pasado tiempo desde su última visita, y los niños se encargan de recordarte que no has estado. Natalia no sentía culpa. Sus mascotas y la elaboración de hornos la

habían tenido absorta. Había acomodado ladrillos, hecho medidas exactas para ajustar sus mitades y pegarlos con barro. Había hecho una cúpula de arena mojada arriba de las bases para sostener los tabiques y la había cubierto con pedazos de diario mojado. Los perros la acompañaban y ella los seguía en rastreos que hacen los animales cuando andan solos. No había decidido aún qué tipo de puerta le haría a los hornos cuando recibió la llamada de Marlén.

«Míralo», le dijo Marlén, «está TAN grande».

«Ha crecido, es cierto. Pero lo sigo viendo pequeño…».

«Necesito que se quede así».

Hubo un silencio. Movieron sus pupilas hacia la derecha y a la izquierda, así dejaban que la inspiración llegara. Parecían dos gemelas que aún no saben bien cómo vivir la una sin la otra, cómo desplazarse entre la niebla. Oyeron sus inhalaciones y suaves exhalaciones.

«Quizás si lo dejamos crecer libre con los perros…», dijo de pronto Marlén, «quizás hay que hacer lo contrario de lo que he venido haciendo… ¿Y si solo le damos agua y comida de perro, sin dañarlo?».

Natalia la miró con desconfianza: «¿Tú crees? Mis perros han crecido con eso: agua y comida».

«Pero han hecho lo mismo siempre: ladrar, correr en cuatro patas y olfatear. No avanzan, ¿me entiendes?».

«Echarlo a vivir con los perros… no, Marlén. Antes de encogerse, podría morir».

«Tus perros son confiables, Natalia, lo sabemos las dos».

Encoger a un niño, dejarlo así, ¿para apartarlo de toda moral? ¿Para no quitarle de un golpe la exuberancia? De adulto constatas que hay fulgores que se van apagando mientras otros relucen sin aviso. Marlén no quería eso para su hijo. Cree que el niño está protegido, pensó Natalia. Piensa que tiene un ángel que lo impulsa a desear lo que quiere y a obtener eso que desea. Eso es un niño. No quiere destruir eso.

Continuaron en silencio, sin moverse del sillón donde los perros se habían tendido tantas veces dejando pelos, sin saber que eso era ensuciar, que luego había que tratar de sacarlos pero nunca sacabas todos.

«Ya sé», dijo Natalia con calma, «trae a Simón, Marlén».

Marlén sintió que la voz de su hermana le retumbaba en el vientre. Se levantó a buscar al niño, que permanecía sentado donde mismo. Había cogido un trozo de damasco jugoso y lo lamía, observando cómo las hormigas empezaban a recorrer su mano y le hacían cosquillas. Cuando Marlén lo tomó, balbuceó molesto, el regocijo no puede ser interrumpido. «Ven acá, chiquitito, con nosotras». Pero con el tesón de un bebé, Simón intentaba recuperar la fruta que había quedado tirada. Lloraba impúdicamente.

«Quiere el damasco», le indicó Natalia. Su tono de voz había cambiado pero conservaba su dulzura.

«Vas a repetir conmigo una frase».

«¿Un rezo? ¡Nosotras no rezamos!».

«Repite conmigo: si entiendes, las cosas son así. Si no entiendes, las cosas son así».

Marlén lanzó una carcajada en vez de repetir. Pero inmediatamente se puso seria, no estaba para juegos. «Natalia, es en serio. ¿Podemos juntarlo con los perros? Tú puedes descifrar lo que ellos hacen y piensan».

«Los perros no se descifran», le aclaró Natalia, «están ahí».

Se puso de pie con un ademán para que su hermana con Simón la siguieran. Atravesaron el patio hasta los establos donde entraban y salían los perros, que hurgaban en los rincones. Natalia los llamó con un silbido particular que los convocaba a todos, y los guio al segundo establo. Los dispuso en un círculo perfecto, a ojos incrédulos de Marlén, y cuando estuvieron quietos y callados le pidió a su hermana que le pasara al niño.

«Diles que necesito que se quede tal como está».

Natalia la hizo callar y dispuso a Simón en el medio. Le hizo un gesto a Marlén para que salieran del establo. Marlén sintió

nuevamente una puntada en su vientre, pero siguió adelante.

«¿Podemos asomarnos?».

Natalia la miró con el desprecio que miraría un maestro a uno de sus iniciados. Sabía que los perros estaban lamiendo el cuerpo de Simón. Se oían chasquidos y algo parecido a un ronroneo. Sabía que algunos perros entornaban los ojos de placer. Tenían a un niño y bajo ellos, ojos de caballos. No urgía estar expectante ni tensar el cuerpo. Era un sitio seguro.

«Quizás aparezca el viejo Carlos», musitó de pronto Marlén medio asustada y Natalia dio un respingo.

«¿Carlos?».

«¿No lo recuerdas? Apareció hace poco por acá, está consumido el viejo cochino. Vino a preguntar si estábamos bien, fui cortante y le dije que no necesitábamos nada, pero me insistió en que quiere ver a la prima. Simón me ayudó a que se fuera porque empezó a llorar de hambre y me entré».

Natalia estaba mareada, cerró los ojos, la cuarta visión estaba ahí, en pleno día. Ella era el botón pequeño de una máquina que no está lista para encenderse.

«A cada cosa su afán igual que a cada persona… Va a agonizar y se va a morir solo ese viejo cochino». Marlén hablaba como si lo importante fuera el presente, como si a pesar de su ansiedad, fuera ella la que realmente supiera que entendieras o no, las cosas eran así.

Natalia le sugirió a Marlén que entraran a la casa, que al niño no le pasaría nada.

«Con la fuerza que tiene, puede conseguir lo que quiere».

«Yo quiero que consiga lo que quiero yo», le respondió Marlén.

«A veces es lo mismo». Natalia caminaba delante de ella. Era la hora donde el color de las cosas muta. Antes de entrar, se volteó hacia su hermana:

«Lograremos que no crezca».

Su voz era como un amuleto, misterioso y bello, como cuando los perros esconden objetos para conservarlos. Marlén asintió decidida

como su hijo, dudosa como una madre. Se sentó junto a su hermana, que resplandecía junto a la luz de la tarde.

El hombre de las aves

El hombre de las aves era uno de ellos. Me gustaba porque me enseñaba cosas que yo no sabía, pero no como un profesor que cree que no sabes nada y que tienes que saber cosas. No. Él me las mostraba de manera libre, porque era eso, un hombre libre. Tenía los ojos de una bestia, a veces le gustaba rugir cuando salía de su cabaña en el sur. Los vecinos le tenían temor y a él le gustaba esa fama, aunque fuera un hombre bueno con algo adentro, algo como lo que todos tenemos y no queremos que se vea.

Se metía en bosques nativos buscando los sitios reproductivos del aguilucho de cola rojiza, me contaba que había migraciones actitudinales, aves pequeñitas moviéndose de sitio según el calor o el frío, picaflores aterrizando en su terreno desde la alta cordillera. Que también estaba la dispersión, la búsqueda de territorios para reproducirse una vez emancipados del nido. Tenía un rostro bello y le sentaba la barba, las canas en medio de esa barba. A veces, si pillaba a un palote, lo tomaba con cuidado y lo posaba sobre su rostro, se sacaba una foto, me la mandaba. Hablaba con sus aves rapaces como yo hablaba con mi mejor amiga. Cuando estábamos juntos, yo lo observaba sin que se diera cuenta, lo mismo que cuando observas a un niño curioso y no quieres interrumpirlo para

que no se rompa el rito, la devoción que el niño tiene con lo que está haciendo.

El hombre de las conservas era distinto. Fingía que venía de vuelta pero estaba lejos de eso. Podría asegurar que tenía restos de cascarón en sus hombros, en sus piernas, sobre todo en sus ojos, como un ave que aún no puede dispersarse, como un picaflor que no sabe cómo salir del nido para emprender un vuelo seguro. No digo que nuestros trayectos tengan que ser seguros, pero al menos, no deberían traer tanto resto de cascarón encima. No podemos arrastrar el cordón umbilical mientras circulamos por la calle. Lo que sí tenía bueno este hombre era el olfato. Mezclaba distintas especies, vegetales y aceites para crear aliños que le vendía a gran parte del pueblo. Las comidas de las familias tenían entonces un gusto parecido. Metía sus aliños en unos frascos que limpiaba muy bien antes porque según él olían mal. Yo no olía nada. Supo también olerme a mí. Me besó por primera vez de noche, en una calle en penumbras, sin rodeos. Estuvo bien. Pero yo vi el cascarón cubriendo partes de su cuerpo, aunque supiera cómo besar. Vivía el día de manera responsable o aburrida, ponía el despertador, se enfrascaba en su labor, sabía hacer el amor y pagaba sus deudas, pero dormía muy mal.

Un día fuimos al cine. Ya casi nadie iba porque los asientos eran duros, porque el piso siempre estaba sucio, el proyector era viejo y la mayoría de las películas que pasaban las elegía el dueño y eran las que a él le gustaban. Las proyectaba sin importarle si el lugar estaba vacío, si había tres personas o quince. Mantenía ese lugar como mantienen los viejos algunas cosas para seguir vivos, y si el resto se suma, allá ellos.

El hombre de las aves sacó un día su escopeta y empezó a disparar al aire. Le pregunté por qué hacía eso. «Porque me gusta», respondió. Yo pensé en las cosas que me gustaban a mí y por un momento titubeé: ¿qué me gustaba realmente? ¿Me gustaba ese hombre, por ejemplo? Me vi de pronto convertida en un ave y a la vez en un hombre, de mis patas empezaron a salir pelos gruesos, de

mi barbilla una barba prominente, unas alas desde los omóplatos. Atributos que les asociamos a ellos aunque bien podía no ser un hombre si no algo difuso y diáfano entre él y la mujer que era. «Dispara de nuevo», lo alenté. Él me miró sorprendido, creyó que lo reprocharía, o que huiría de ahí asustada. La bala en el aire alcanzó unos pocos metros antes de caer lánguida y solitaria en un punto del suelo. Podría perfectamente ser un hombre, pensé. Tantas veces me comportaba como uno, y aunque no era del todo conveniente, a veces resultaba cómodo. Llamarme Damián, adquirir un compromiso serio con el mundo: las palabras, los demás hombres y sus acciones. Creer en la consolidación de las cosas y situaciones, no soportar las fugas. Lastimero y desafectado al mismo tiempo. «Me gustaría ser hombre», le repetí al hombre de las aves, la bala quieta ahí, le daba igual si la recogíamos. «Por qué no», me respondió él, como si viera mis alas incrustadas firmemente en mis omóplatos. «Podría ser uno bueno», mi voz se camufló mientras un aguilucho desplegaba sus alas.

La película que proyectaba el viejo era sobre reyes y sobre mundos que aún no existen, pasado y presente eran lo mismo mientras yo entendía poco y la música era hermosa. Fue lo único que rescaté. Pero al hombre de las conservas le pareció especialmente significativa una escena. «¿Te fijaste en el niño de la chaqueta roja, cuando le pasa el lápiz a su padre?». Yo me había fijado porque la chaqueta era llamativa, de un rojo furioso, un diseño acinturado y muy femenino aunque yo no tengo cintura. Pero a mí se me escaparon detalles con tantos tiempos superpuestos, y no me fijé en el gesto del hijo pasándole el bolígrafo a su padre, aunque era sumamente importante porque desencadenaba, en parte, la posibilidad de una férrea unión familiar o lo contrario, sin términos medios. En cambio, para él fue una revelación. No me lo dijo de inmediato, estábamos a punto de quedarnos dormidos cuando en vez de buenas noches confesó: «Me sentí ese niño». Yo sentí cierto alivio por él, quizás lo había contactado con alguna cosa reprimida, perfectamente simultánea entre la depuración y la mugre.

Pasaron los días y seguía obcecado: «Me sigue rondando», me dijo una mañana, «siento que me quitó algo, la poca paz que tenía desapareció». Bromeando le pregunté si al descorrer la cortina de baño se lo había encontrado ahí. No, el niño no estaba ahí, pero seguía brincando y rayando sus paredes de noche, con la decisión de un bolígrafo que firma contratos inviolables. Siempre había dormido mal, los restos de cascarón impiden un buen descanso, eso es una regla. Pero desde la película su insomnio había aumentado y simplemente no dormía, solo podía conciliar el sueño algunas horas si es que yo me quedaba a su lado, pero eso no sucedía a menudo. Yo tenía una vida en la ciudad: un padre enfermo y una hija que intentaba cuidar bien, porque tenía trece años y aunque me decía dónde iba, podía no decírmelo e irse a otra parte. Mi padre en cambio no se movía a ninguna. Sin mi madre, requería de mis cuidados y cuando volvía al pueblo una cuidadora me relevaba, Paulina. No intercambiábamos mucha más información que la que se remitía a los medicamentos de mi padre, que eran once en total, a algún cambio en su humor o su alimentación, a ciertas necesidades o suma de nuevos requerimientos. Me reportaba si ocurría alguna anécdota divertida, porque decía que era mejor eso: «Si la confunde con su esposa, ríase, si la confunde con su hermano, ríase». Le parecía gracioso que muchas veces el viejo la confundiera con una amante que tuvo; a pesar de haber amado a mi madre, en algún momento conoció a una mujer que también amó. «Sucede así», afirmó Paulina. «Es lindo que siga enamorado». Yo me iba tranquila porque ella era buena y le pagaba bien, con la plata que mi padre había ahorrado trabajando, porque era comedido y tacaño.

Una noche el hombre de las aves llegó diciendo que era bueno andar trayendo un puñal español de acero bruñido «para la caza, para defenderse». Le dije que no me parecía necesario, ni seguro, ni sexy. «Es útil», me insistió, envolviéndome con sus brazos toscos como su mente. Su espalda era dura, no tenía buena elongación, sus brazos mantenían una rigidez a pesar de sus abrazos.

Dos noches después desperté por un bullicio lejano y él no estaba a mi lado. Se oía una discusión sulfurada que no iba a explotar. El puñal estaba ahí, encima de la mesa junto al televisor. Me levanté con prisa, lo cogí y lo tiré debajo de la cama. Me quedé quieta, tratando de oír mejor las voces pero eran confusas y por momentos disminuían el volumen como volviéndose cómplices. Él llegó atribulado como la bestia que era. «Me están poniendo problemas porque voy a recibir al lobo, por la mierda».

«¿Lobo? ¿Qué lobo?». «Un amigo me traerá un lobo, te lo conté». No lo recordaba, eran tantas especies, tantos movimientos, sumadas las amenazas o los mitos. El más reciente, que él alimentaba a las aves con carne humana. Yo retenía algunos cuentos, pero era incapaz de entrar en ese nido de ratas en el que él se regocijaba. Yo había visto cómo alimentaba a sus aves, cómo les hablaba mejor y más que a cualquier ser humano. Era ahí donde pertenecía y ciertamente la carne le era igual de atractiva para los que comían buenos asados. Yo me replegaba de toda chimuchina, conocía a pocos vecinos, me internaba en sus hectáreas y de ahí no salía. «Se puede tener un lobo. Hay que saber domesticarlo, casi todo se puede si se hace bien, no como lo hace este pueblo de mierda ignorante». Me puse a hacer pan porque eso me calmaba. Después hicimos el amor y su ira se trasladó a la cama con tino. Sus embestidas fueron medidas en su violencia, le indiqué la manera en que debía tocarme después, sin premura, con suavidad. Lo hacía todo con tal de mostrarme sus estrellas y sus aves que amaba por sobre sus hijos y las mujeres. Aunque a veces lo intentara, insertarse, le era inevitable gritar por las noches hacia el cielo para que el resto lo oyera, comportarse de manera errática, viajar para hundirse en caudales y avistar los cielos sin barullo. Se iba: eso era él. Y ahí yo acudía al hombre de las conservas.

Sucedía todo de manera más sincrónica entre nuestros cuerpos, que lograban una cadencia ejemplar. Se ocupaba minuciosamente de poner la mesa y desplegar una variedad de alimentos embadurnados de aceite y hierbas y así fingir que nuestra relación era igual de

balsámica. La delicadeza que ponía en sus preparaciones no lograba impregnarnos, su tormento no lo abandonaba y no se ocupaba de él. Yo lo descalificaba por eso. Pero una mañana el mundo se dio vuelta: descorrí la cortina del baño para darme una ducha y ahí estaba. El niño con una chaqueta rosa esta vez, pero no había duda: el niño era el niño de la película. De pie, mirándome a los ojos como si fuera yo lo raro, como si hubiera visto las alas que yo tanto deseaba tener. Cerré la cortina con aspavientos, me metí de nuevo a la cama: «Tu niño está ahí en la tina». El hombre de las conservas pensó que me burlaba de él. A partir de ese episodio, dejó de ser quien era en la cama, exigente y procaz, seductor y arriesgado. El sexo se desplazó hacia un terreno liso que se extendía cada vez más, como la imagen de alguien que ya ha muerto y como la sombra del niño por las noches. Porque también empezó a aparecer de noche, y ambos lo veíamos. «Quiere vernos dormir», dijo el hombre.

«Quiere vernos», le corregí yo un jueves por la noche, de vuelta de un bar donde con un hombre apuesto nos habíamos mirado lo suficiente como para llegar a casa con ganas de más relieves en nuestro desierto. Retener el beso de otro en el cuerpo es una ilusión, cuando dejas atrás esa historia y te sumes en otras, el beso queda en el recuerdo, esa zona oscura donde lo memorable es un pedazo de carne cruda a la espera de que alguien lo devore.

Me excité más que nunca con el niño ahí, me di cuenta de que más allá de sus masajes y palmaditas, el universo entero de este hombre era difícil de abandonar. El niño nos miró atento y petrificado y luego desapareció, olvidando el bolígrafo sobre la mesa de la televisión. Él se levantó y tomó el bolígrafo, y de manera involuntaria preguntó: «¿Dónde está mi padre?». Su voz era cristalina y aguda, como la de un muchachito. Horrorizada, lo llamé por su nombre pretendiendo que con eso «volviera», pero me respondió que ya no se llamaba así, que necesitaba encontrar a su padre, hacerle algunas preguntas, pedirle explicaciones. Dije que tenía que salir, en plena madrugada, con el pueblo bajo un manto

frío donde de pronto sentiría un alojo triste pero necesario, como son las madrugadas.

No supe de él en varios días y me dediqué a repasar escenas que me parecían sospechosas. Me llamó el jueves siguiente para decirme que era imperioso reunirnos. Propuse el domingo, en una plaza pequeña donde no iba nadie. Se acercó lento, y por un momento lo vi sin ropa, su piel cubierta de llagas. El hombre de las conservas sabía darme vuelta en la cama, pero fuera de ella yo me volvía áspera y opaca, como una adulta que desprecia a un niño porque ella extraña serlo, como una mujer que quiere ser hombre y solo lo logra cuando obtiene algún beneficio.

Tiempo después también me alejé del hombre de las aves. Me llevé su puñal y lo guardé enfundado en el cajón de mi velador. Como dejé de recibir conservas, mi padre me preguntaba qué había pasado que ya no le llevaba ese ají que engullía con fervor. Podría haberlo conseguido en alguna tienda donde las distribuía, pero lo evité. Preferí dejar a mi padre sin ese gustito y abandonar todo rastro de cascarón. Le compré unos ajíes parecidos pero los rechazó. Años después, cuando mi hija asistía a los talleres de teatro de la municipalidad, me preguntó si había oído hablar de un cetrero que tildaban de loco y vivía en una parcela en las afueras. Era compañera de su hijo. «Claro que lo conozco, y sí, es un poco loco, pero tiene su encanto». La vi ávida de saber más, no tanto del hombre sino de mi vida, cuando ella aún no existía. Le conté que en ese tiempo también conocí a un hombre que conservaba alimentos pero que debería haber botado pedazos de sí mismo para poder guardar otros. «Están dando una película que se trata de eso», exclamó mi hija. «Debe ser de ciencia ficción», le dije, e imaginé cuerpos desintegrándose si otros los tocaban, para mutar en unas figuritas de goma a las que les costaba respirar. «¿Y ellos sabían que tú salías con los dos?». Mi hija me escudriñó como una abuela a la que le han dicho que juzgar es la mejor manera de vivir. «Por supuesto, Carmen, pero prefirieron hacer como si no. Se creyeron únicos. No creas que los desprecio por eso. Eran únicos, pero no

eran lo que yo anhelaba. Lo que tengo ahora es mejor». Mi hija pareció entender perfectamente: «Eres fantástica», me dijo. Me pilló desprevenida, era un elogio agudo. «Se llama Extirpados, la película», agregó. Y nos reímos porque el título nos pareció preciso. La iría a ver esa tarde con sus amigos y yo la esperaría en casa, despierta hasta tarde.

La noche siguiente mi padre murió. Paulina me llamó porque lo notó delicado, ido, casi sin pulso. Llegué justo para verlo morir. Con Paulina le bañamos la frente con una fragancia de azahar, acariciándolo con prudencia y ternura. Ella rezó una oración y yo, con su voz de fondo, sentí cómo mi pensamiento no se reducía a mi conciencia.

A lo largo de los años seguí perdiendo seres, pero llegaron otros. Mi hija, ya hecha una actriz, vino con su compañía a montar una obra, la adaptación de la película que había trastornado al hombre de las conservas. A ella le dieron el papel del niño y lo hizo maravilloso. Sé que la mayoría de las madres piensan que sus hijos hacen cosas maravillosas aunque no las hagan y también piensan eso, que verdaderamente no las hacen. Carmen lucía la chaqueta roja con elegancia, como lucen las cosas que no perduran. Era algo que le había enseñado yo hace años: «Entra sin espíritu a las cosas que consideres muy importantes. Recién ahí podrás vivirlas con libertad». La aplaudimos mucho rato.

Al día siguiente me contó que un hombre mayor la había interceptado, con los ojos hinchados «de tanto llorar, ¿puedes creerlo?».

Claro que lo creía. Carmen lo consoló bien, las mujeres sabemos qué hacer cuando los hombres lloran. Sabemos de remociones, y que ellas no impiden la conexión y el encuentro.

«Nunca te libres de las conexiones y los encuentros, Carmen. Saldrás de ellos renovada, porque estuvo bien dejarlos ir».

Esos veranos

Iríamos al pasaje de las viudas porque nos habían dicho que una de ellas conocía nuestro secreto. No puede ser, dijimos. Hablábamos siempre al mismo tiempo, o no siempre, solo cuando era necesario unir fuerzas, que era la mayoría de las veces. No puede ser. La gente quería vernos tristes, porque así podrían hacer cualquier cosa con nosotros, o no cualquier cosa pero bastantes, porque éramos niños, aunque ya estábamos en retirada, nos sentíamos lo suficientemente grandes como para saber que en ese pasaje había que entrar a picar. Éramos escuálidos, como decían los adultos, escupíamos lo más lejos posible en la Laguna del Esplendor y competíamos por el chorro de pipí lanzado a más distancia. A las niñas les dábamos asco, pero no a Lucía.

Hacía calor como todos los veranos, pero había más humedad y se nos ponía la piel un poco más brillante y el pelo más ondulado mientras las señoras en la calle, sin nada que hacer según nosotros, intentaban respirar fluidamente y se arreglaban la adusta cabellera que les iba quedando. Pequeños terrores íntimos, pienso ahora que puedo pensar en cómo hacían los adultos de esa época para callar tanto, cómo era posible que todo se supiera y a la vez todo quedara ahí, donde todo se sabe y nada se dice. Estábamos seguros de que nuestro secreto permanecía guardado bajo varias llaves, las llaves

que nos inventamos cuando no nos atrevemos a mirar el miedo de frente.

Al pasaje de las viudas no iba casi nadie porque a algunos les aburría que fueran mujeres tan solas, tan unidas y tan toscas, la gente era recelosa con las historias de antaño, porque a medida que pasaba el tiempo se volvían más inverosímiles. A las viudas había que oírlas con atención porque si no, te daban un escobazo en la cabeza. Podían ser agresivas, pero a nosotros nos daba igual. «No te haré daño», nos dijo una cuando entramos al pasaje. Las escobas estaban ahí, apoyadas junto a cada una de sus puertas. Las viudas se veían saludables y parecían vivir bastante cómodas, no echaban agua en la vereda y no tenían árboles porque ya habían tenido suficientes hijos y habían cuidado los patios donde esos hijos jugaron hasta marcharse. La puerta de cada entrada tenía un florerito en el centro con hortensias azules aunque se estaban secando y se ponían ocres. Había un pisito para cada viuda, para que descansaran, porque ya habían trajinado mucho a lo largo de su vida, eso pensábamos. Tenían arrugas, estaban encorvadas como casi todas las viejas y nosotros creíamos que no llegaríamos a ser así, curvos y con el entrecejo marcado, calvos y con las piernas hinchadas. Carlota, la más vieja de todas, había fabricado los pisos porque era carpintera, la veías encaramada ajustando las planchas de los techos. Nos gustó el color tierra de las fachadas de cada casa, aunque no tanto, porque la de nuestras casas eran celestes y eso daba la sensación de vivir en el cielo y el agua corría por nuestra calle, se evaporaba lenta, hacíamos pocitos para que los zancudos nadaran. Las viudas nos miraron con suspicacia, ni un niño se metía con ellas, los niños preferían la Laguna del Esplendor, donde inventaban historias como la de un anfibio igual a un ajolote, pero diez veces más grande, que nos iba a tragar de noche si osábamos meternos al agua con la luna justo arriba de nuestros cabellos ondulados. Nosotros no le temíamos, porque el secreto que guardábamos era peor. Se nos acercó la viuda más baja: «Me habían

dicho ya que tendríamos visita». Nos sentimos amedrentados pero no retrocedimos.

Eran seis viudas pero parecían más porque hablaban fuerte, todavía querían ser escuchadas. El aire del pasaje nos secó las fosas nasales y sus enigmas nos invadieron a medida que se empezaron a acercar, parecían gitanas de faldas etéreas, con sus augurios negros como agujeros que van a tragarte como un ajolote o un secreto. «Nunca cantamos canciones de cuna», nos contó otra, pero a nosotros no nos interesaba esa información. Sabíamos que no solo las madres arrullan, había sido Aníbal y José quienes nos habían cantado a nosotros, unos padres que tenían un vivero y una farmacia, respectivamente. Los oíamos hablar o discutir o reír y aprendimos que la química no solo está en las plantas y medicamentos. Los hijos de las viudas se habían marchado hacía tiempo, nos dijo la que tenía el rostro lleno de pecas como granos de arena disueltos en agua cristalina, la piel translúcida como un fantasma, severa a pesar de su belleza.

Eran seis pero faltaba una, reparamos cuando apareció caminando lento. «Le pesan las tetas», dijimos al mismo tiempo, nos reímos, ya se estaba haciendo tarde y no habíamos conseguido averiguar nada. «Los conozco, ustedes no se acuerdan, pero los conozco». Cuando se hace tarde, es mejor irse del lugar si no perteneces a él. Era sin duda ella, hay algo en la voz que no cambia aunque también envejezca. Era ella, con la que habíamos dejado de ser niños aunque a ojos del resto aún lo éramos y tal vez nos empeñábamos en que así fuera. Lucía nos exigía que de mayores saliéramos de ahí, que ella se había quedado pegada porque era floja, nosotros éramos más inteligentes y no podíamos seguir por mucho tiempo quemándonos bajo ese sol, tratando de apaciguarlo con baldes de agua fría. Los zancudos nadaban de lo más bien. Las tetas de la viuda sí que no eran las mismas.

Hilda, se llamaba, y era quien se quedaba con nosotros en esos veranos cuando la laguna se llenaba de turistas y el vivero y la farmacia también. Los más jóvenes se emborrachan bajo la luna y

los niños entraban y salían o entraban y se quedaban. Hilda nos daba de comer en ese tiempo, nos ponía sendos platos sobre la mesa, unas legumbres que humeaban y que había que tragar como si después no fuese a haber comida. Podíamos lamerle los pezones, si queríamos, pero teníamos que querer, a modo de postre, o sentarnos sobre sus piernas mientras ella se movía como un potrillo encadenado, hacia atrás y hacia adelante, para que la fricción surtiera efecto. Hilda jadeaba y se ruborizaba y se afirmaba en la silla resoplando al final como una yegua ya crecida y libre: «¡A jugar afuera, niñitos!», se levantaba de prisa, como si la tarea hecha la convirtiera en otra persona, refunfuñona y consistente.

Nuestra sensación aún es imprecisa. Agitados y erectos, sin saber si eso tenía que ver con el cuerpo y la mente juntos, sin saber de las sutilezas a los que el cuerpo y la mente están sometidas. Sonrojados también, salíamos al patio, o nos íbamos más lejos, a la laguna, donde Lucía, como joven rastrera que era, se bañaba desnuda con algún turista desconocido y desaparecía en el pantano que se formaba al fondo, estrecho y clandestino. A veces íbamos en el bote a cazar guarisapos, los devolvíamos al agua y Lucía nos pedía que la lleváramos de vuelta a la orilla. Así la conocimos.

Oscureció, pero las viudas no nos dejaron ir. Había un fogón en medio del pasaje y la de las pecas lo prendió con vehemencia como si no fuera fuego y lo pudiera sostener y llevárselo a la boca. Queríamos irnos, las imágenes de Hilda y sus pezones tiernos estaban ahí, entre sus arrugas y su apariencia fornida, y ella no se inmutaba. Qué más daba si unos niños la habían encendido un poco, ella también los tenía, niños propios que seguro le daban otro tipo de amor y un hombre que no le daba nada, eso se decía de él.

La carpintera nos advirtió que cuando uno siente algo, hay que saber dónde ponerlo, como un clavo. Nos contó que antes de enviudar ella era feliz, y eso a ella le daba tranquilidad, saber que había tenido ese sentimiento. Pensamos que construía los pisitos de la misma manera, con serena obstinación. La primera viuda en cambio, nos dijo que si fuera por ella habría matado a su marido con

sus propias manos, y las levantó simulando un ahorcamiento. «Pero yo soy buena y él también era bueno». Se sabía que el hombre había muerto en circunstancias desconocidas y que todo podía ser. La quinta viuda apenas nos habló. Taciturna, se nos acercó y a regañadientes nos dijo que no subestimáramos nuestro miedo. Al principio no entendimos, pero luego recordamos que era viuda de palabra y no de hecho, que había llegado a vivir acá después que todas, se decía que había abandonado a su familia, pero eso no era cierto pues no tenía hijos aunque le hubiera gustado, y su marido no había servido para eso. Se había enamorado de otro que después la dejó, y cuando llegó acá, dijo que la posibilidad de enamorarse había muerto para ella. Pero lo cierto es que la vimos meterse a la cama de Clemencia, la madre de Lucía. La vimos enamorar al padre de Lucía con tesón. Todo parecía muy confuso a nuestros ojos, porque tiempo después Clemencia y ella se hicieron amigas, y Lucía nos contó que su padre se había marchado y que la relación con su madre nunca volvería a ser igual. «No puedo obligarla a quererme», nos dijo Clemencia adivinándonos. Ya estaba vieja: «Y no estoy segura de haber vivido todo lo que quise». Pero nosotros sabíamos que Lucía la quería, porque nos hablaba mucho de ella y asumimos que eso significa querer.

Fue Lucía la que nos dijo que debíamos ir al pasaje de las viudas para resolver algo pendiente, que aunque ella no supiera qué era, no íbamos a poder seguir viviendo, ni irnos lejos: no solo debíamos recordar lo bueno si queríamos pasar a la siguiente fase, que supusimos, era la que ella estaba viviendo. Pero ahí junto al fogón no pudimos decir nada, nuestro secreto mejor guardado no explotó. No era el que teníamos con Hilda, por supuesto que no, era otro, ni Hilda podía dimensionarlo. Habíamos hecho algo que nosotros queríamos hacer, nadie nos había obligado, eso era lo peor de todo, pero después habíamos quedado como perros agónicos, cuando le das de comer basura hasta llenarlos. Aun así seguimos vivos y en eso nos parecíamos a las viudas, en su deseo de hacer ciertas cosas y llegar a hacerlas, pintar las murallas, pegarnos escobazos antes de

que nos echaran del pasaje: «Por idiotas», nos dijeron, «perdieron su oportunidad». Estábamos de manos atadas aunque era probable que nos terminaríamos yendo de allí, lejos de la laguna y los esplendores, y que no volveríamos a vernos, como una medida implícita para desconocernos y volver a reconocer lo que éramos, cada uno por su propia senda. Sabíamos una cosa: el que busca venganza debe cavar dos fosas.

No hace mucho nos cruzamos en una calle llena de gente y nos saludamos de manera cortés, como si nunca hubiésemos sido tan amigos ni supiéramos de terrores íntimos. Me dijiste algo sin decírmelo, tus ojos habían cambiado con el tiempo, y le hemos exigido demasiado al tiempo, creyendo que nos hace cambiar. Te miré seguir tu camino y yo retomé el mío, como si la amistad durara lo que dura la infancia de la mayoría.

La ordenadora

«Soy tímido», le dijo él y ella tuvo que tomar la iniciativa aunque no le gustara, porque también era tímida pero no se lo dijo. Abrió la puerta del vagón, que aún no se ponía en marcha.

Viajaba todas las semanas al centro de la ciudad y desde la estación tomaba el autobús número 68 que la acercaba a la calle Saldaña, en la periferia, donde meaban los sin techo y donde quedaba el hospital, que ocupaba casi todo el costado izquierdo. Al frente había pequeñas y medianas casas, con familias que tapaban los ojos de los niños cuando los locos llegaban. «¡Vienen los locos!», gritaba Claudia, que no hacía nada porque tenía un retraso mental moderado. Así mismo le habían dicho, retraso mental moderado: es tonta pero no tanto. Junto con eso le sentenciaron que su tarea o su juego era pasar en la calle porque qué más iba a hacer, mirar fijamente a los que pasaban, que la evitaban o saludaban con decoro, o los trabajadores del hospital que la trataban con cariño, pero pasaban apurados y rígidos, con poca cara de poder lidiar con el resto del día. «¡Vienen los locos!», gritaba Claudia, una minivan paraba y se bajaban ellos, eufóricos de cuerpo y habla, no eran dignos de ser vistos por los niños pero los niños se las arreglaban para verlos, eso siempre.

Claudia la tenía identificada a ella, a la mujer que llegaba en el bus número 68, con un abrigo verde durante todo el año, el pelo tomado hacia atrás todo el año, el tabique de la nariz desviado, eso desde que había tenido un accidente a los doce años y no recordaba nada de lo que había vivido antes. Era bella como lo son las personas que madrugan, demacrada pero bella. Después de su jornada en el hospital cuidaba a unos gansos que ya estaban viejos y al que era su marido hacía dieciocho años, que también estaba viejo. Todos daban mucho trabajo.

Su cargo era el de «ordenadora». Las ordenadoras se encargaban, literalmente, de poner las cosas en su sitio, en este lugar donde a cada momento se desencajaba todo. Los lugares son la extensión de los cuerpos que transitan por ellos y las mandíbulas de los locos babeaban, tiritaban o se trababan y el espacio, entonces, también. Las ordenadoras eran mujeres y debían pasar por todas las estancias y no solo recoger objetos y situarlos, sino también limpiar. Esto se debía hacer seguido, cada vez que alguien salía de un lugar o dejaba de ocupar una cosa: una revista, un vaso, un mazo de cartas. Los locos leían revistas que la gente donaba, creían que las estrellas de cine que aparecían en las revistas eran fotos de sus familiares, esos que los habían depositado allí, y besaban las páginas y las dejaban pegoteadas o las hacían tira e insultaban a esas personas que no habían hecho nada más que actuar y ser lindas, pero ellos se sentían abandonados por ellas. A la mayoría les tiritaba la mano cuando se llevaban el vaso a la boca, y caía líquido al suelo y quedaba pegajoso por los medicamentos disueltos. Jugaban juegos de cartas inventados por ellos, siempre con distintas reglas, que rompían a los pocos minutos y entonces rompían también las cartas y si había vasos los lanzaban por el aire o lo que fuera. Las ordenadoras arrastraban un cubo de plástico con botellas con líquidos que limpiaban superficies, dos tipos de escobas, cerdas gruesas, cerdas delgadas, dependiendo de lo que debían barrer. Una pala diseñada especialmente para recoger esta basura, la de los locos, ellos mismos las habían confeccionado en el taller de

artículos domésticos. Todo esto, el puesto, los artículos de aseo, las acciones a seguir, las había creado el ex director del hospital, porque aunque fuera director y no paciente, tenía trastorno obsesivo compulsivo y no soportaba que hubiera nada fuera de lugar ni fuera de brillo. Nadie sabía muy bien cómo había conseguido crear un nuevo puesto, que contaba con cinco ordenadoras para muchas más habitaciones, sumado a los espacios comunes y el patio, que ahora los tenía en problemas.

Un tipo de araña desconocido que nadie había visto, al menos en esa zona, lo había poblado por completo. Las arañas habían hecho agujeros en varios rincones y solían aparecer en la tarde. Los locos, de manera natural, se dividieron en dos grupos: los defensores de las arañas, los detractores de las arañas. Los defensores decían que venían a limpiar la mala vibra del exdirector. Que eran símbolo de que todo debía renovarse, todo lo que él había inventado, que se fueran las ordenadoras, «desarman todo lo que hacemos». Los detractores en realidad rechazaban la idea de echar a las ordenadoras: «Ellas nos gobiernan porque nuestra mente es vivaracha», y se reían, decían que algo iban a tramar para que ellas no se fueran.

Pasaron así los días y las arañas, que ya tenían nombres porque habían aprendido a distinguirlas, trajeron un fenómeno que ocurría junto con el amanecer y los despertaba de sopetón: sollozos, un rumor repetitivo, ssshh-ssshh, vocecitas exasperadas que decían «no, no», y más efectos sonoros. Las arañas se contorsionaban de manera inédita, como si les doliera oír eso y hubieran aparecido antes para avisar algo.

El hospital había sido un sanatorio de niños, hace años, y un centro de torturas hace menos años, todos ya sabían la historia. Había estado un buen tiempo abandonado después, cuando amanecía con botellas vacías y quebradas, murallas rayadas con sangre con frases del tipo ***droga dura bien buena***, hasta acoger a los locos, a los que también se les daba droga y salían al patio al alba para sentarse en silencio a escuchar. «No, no», voces de niños,

sonidos metálicos, decían, se cierran puertas, crepitaciones, gritos ahogados. Las voces de los locos se confundían porque todos daban su testimonio a la hora del desayuno, mientras las ordenadoras debían evitar que uno ahogara a otro metiéndole un miga de pan seca hecha bola, «déjame hablar a mí, te dije», a veces recogían mechones de pelo, no podían quedar migas ni mechones de pelo en el suelo. Había un orden que mantener. Si tan solo hubiera habido ordenadoras antes, en el sanatorio, en el centro de tortura.

En esos días, la ordenadora llegó una tarde a su casa y el marido y los gansos estaban ahí. «Están enfermos», le dijo el hombre, «mira cómo gorgotean». Estaban decaídos, sin apetito. «Habrá que llevarlos a la zona norte», opinó ella. «Parece que les dio la sordera», el marido parecía no oírla pero hambre tenía siempre. Había puesto unas longanizas en el brasero, y ella se puso a pelar papas. «Ahora también hay fantasmas, además de arañas», le gritó para que la escuchara. «Andan todos nerviosos». Le contó que quizás quedaba sin trabajo. Ahí él puso atención, para no perderse palabra. «No, no, eso no pasará», y tras una pausa añadió: «Llama a mi primo».

Las familias a veces no se necesitan hasta que sí. Los gansos se ignoraban porque se sentían mal. La mujer no conocía al primo pero sabía que fabricaba alforjas en la zona sur, y que desde pequeño era medio brujo. «No es medio, es completamente brujo ese desgraciado, mujer». Eso era lo que los había distanciado de mayores, de niño se puede tolerar lo que de adulto se puede controlar. Decidió que lo más sano era alejarse de él, «para no volverme loco», pero no quiso hablar más, «si no lo cuento me voy olvidando de que lo viví». Tanto la ordenadora como su marido eran reservados y respetaban las historias a la mitad de cada quien, aunque eso los había llevado a ser como eran. «Yo lo iré a buscar, llevo a los gansos y le pido que venga». Las papas humeaban mientras pensó en cómo metería al primo en el hospital, porque las ordenadoras estaban para optimizar recursos y no causar revuelo.

Claudia la abordó al día siguiente, en la calle: «Algo pasó en la noche, hola, algo pasó en la noche, cuénteme cuando salga, tiene una mancha en su abrigo, algo pasó». La ordenadora apuró el paso, Claudia era tonta pero daba las noticias antes que todos. Los detractores habían tratado de quemar a las arañas y a los espíritus, el pasto estaba completamente chamuscado, un par se había quemado las manos. El humo todavía estaba ahí, inútil. Las arañas no habían muerto.

El director subrogante no creía en fantasmas y tampoco en torturas. El primo tendría que entrar de manera clandestina, o hacerse pasar por un loco más.

No imaginó que se sentiría de inmediato atraída por él, porque hace ya bastante tiempo que no se sentía atraída por nadie, y creía que la vida sería siempre así. Pero al volver del hospital lo vio ahí, junto a su marido y le tiritó un párpado y sintió los muslos un poco débiles, clara señal de rendición. Sabía que el centro del asunto no era ella, tan quitada de bulla siempre, abocada a las labores, ¿quedaba lugar para algo más? Nadie sabía que sufría, ni siquiera ella, hasta ahora que algo parecido al sufrimiento pero en reverso se apoderaba de ella. Tenía la certidumbre, como quien tiene una marca de nacimiento, de que el marido siempre estaría ahí, en la casa, cuando ella llegara, poniendo alimentos en el brasero, oyendo a medias lo que ella le contara, ocupado de los animales, durmiendo temprano, apagándose de a poco, él, y entonces también ella, cosa que ella no sabía, hasta ahora. El primo le tendió la mano y le traspasó una energía de color naranjo. Nadie vio eso salvo los gansos, que ya estaban mejor.

En el tren, en el bus, con la luna todavía arriba de ellos, la ordenadora le habló de los locos, del fenómeno reciente, de que tenía que entrar sin ser descubierto. En los momentos de silencio, sentía que algo iba a salir de su cuerpo. Pero lo retuvo. El primo la miraba y la oía y anotaba algunas cosas. Tenía una voz monótona pero que embriagaba, lenta como la miel avanzando por sus muslos,

pensaba la ordenadora mientras no se miraban y ya estaban claros los pasos a seguir llegando al hospital.

Se adentraron primero en el patio, antes de comenzar las entrevistas. Las arañas empezaban a reunirse, determinadas y voluntariosas. La ordenadora se asustó al verlas así, en una danza perfecta y banal, como si vivieran en ese jardín hace años y fueran la fuente que animaba ese lugar. De cerca perdían su extrañeza, la distancia que las hacía imprevisibles. Al primo en cambio lo sentía lejos aunque estuviera a su lado, quizás por eso lo deseaba más que hace un momento. Estaba con los ojos cerrados, los brazos semi extendidos y las palmas abiertas hacia el cielo. Murmuraba algo apenas audible y ella vio cómo enviaba a las arañas una luz violeta. Los locos decían que a los espíritus los atravesaba una especie de relámpago que los electrocutaba aunque no tenían cuerpo. «No, no», se oyeron de repente voces de niños, y el primo se acercó al lugar de donde provenían, murmurando lo mismo, «No, no». Una lluvia fina caída de no sé dónde lo cubrió de pronto y cesó igual como vino. Las voces se fueron apagando pero aún quedaban esos ruidos metálicos y lejanos, de cadenas o rejas y golpes contra el fierro. A la ordenadora el corazón se le iba al estómago, y palpitaba su entrepierna. Todo lo insólito que estaba ocurriendo acentuaba sus ganas de quedarse ahí. «Lléveme donde los locos ahora», le pidió el primo, y entraron al recinto, donde se encontraron cara a cara con el director subrogante y detrás de él, los locos detractores con palos.

A la mañana siguiente, la ordenadora despertó adolorida. El marido y el primo tomaban desayuno y los gansos, junto a ellos, comían semillas. En su cabeza retumbaba la voz del director subrogante: «Querías divertirte siendo audaz». Fue lo único que logró retener, la única frase que se quedó incrustada producto de los golpes, o porque la desplazaba hacia ese nuevo sentimiento del que no se podía desprender, como si no fuera del todo nuevo y lo hubiera vivido alguna vez.

«Tienen parásitos», oyó que decía el marido. Los gansos nuevamente enfermos. De pronto se hartó de que siempre hablara

de los gansos, sintió ira de que todo se redujera a trabajar para que todos estuvieran sanos. Cerró de un portazo la puerta de la habitación y se tapó los oídos. Su cabeza retumbaba como la cabeza de un enfermo, de un loco o un torturado. No fue a trabajar ese día y se quedó dormida.

El marido la despertó de noche para que se despidiera del primo. Un escalofrío la recorrió entera cuando él la miró a los ojos sin decirle nada más que «ha sido un gusto». Salió de la casa rápido, como queriendo escapar de algo, entonces el escalofrío dio paso a un calor certero.

Esperó a que el marido se durmiera, se hartó también de que siempre se durmiera tan temprano. Sabía que él siempre estaría ahí para ella, pero sabía que el hartazgo llega para comerse todo, como una especie nueva de araña, como un fantasma de pueblo. «El amor es igual», se dijo, «así que no lo menosprecies. No te sumerjas tanto en él como para no poder mirarlo».

Había poca gente en la estación y la ordenadora lo vio de lejos, subiendo al penúltimo vagón del tren que aún no partía.

«Soy tímido», le dijo él, entonces ella tomó la iniciativa porque delirar es de algún modo desear, y le dio un zarpazo a la resignación. Al hombre que se iba le dio un beso suave pero largo, tan suave y largo que llegó hasta abajo, allí donde sus cuerpos también se tocaban, con un roce que los mantenía unidos. Hasta que sonó el timbre de aviso, el tren iba a partir.

Él le aferró tan fuerte la mano que la dejó latiendo y, al bajarse del tren, la ordenadora se sintió débil. Pero la sonrisa de Claudia un poco más allá la impulsó a seguir. Caminó hasta ella como levitando, y abrazó a la niña tonta pero no tanto, a la que tenía las primicias y que ahí, esperándola con su dulce sonrisa, le regaló la saciedad, esa sensación que desborda para después dejarte vacía, y que es, sin excepción, muy exigente: siempre vuelve por más.



LA POLLERA

Encuentra todos nuestros libros en **lapollera.cl**